

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS-
SERIE ALFA

Katharine
HEPBURN

Franchot TONE



OLIVIA

Editorial APAS





OLIVIA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO

Valencia, 234 - Teléfono 70697

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION, REDACCION Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 787 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Sardá, 18. Barcelona - Tercero, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA
NUM. 91

AÑO XIX

NUM. 140

— ≡ OLIVIA ≡ —

En la época que Susana y su hermana Phoebe pasaron por el mundo, las jóvenes no se atrevían a opinar en cuestiones de amor y tenían que aguardar pacientemente a que el galán se declarara. Se consideraba audaz al hombre que al año de conocer y tratar a una señorita parecía que pensaba proponerle matrimonio y, alguna vez, como en la narración que sigue, sólo se trataba de participarle que se iba a la guerra voluntario. No obstante, la suavidad y constancia de Phoebe tuvieron su premio y ella demostró ser más decidida que su pretendiente.

EXCLUSIVAS

EDICIONES

Casa central:
Rambla Cataluña, 118
Sucursal en Madrid:
-:- Calle Mayor, 4

PRINCIPALES INTERPRETES

Phoebe Throssel . . . Katharine Hepburn
Dr. Valentine Brown . . . Franchot Tone
Sargento Eric Blore
Susana Throssel . . . Fay Bainter
Patty Cora Witherspoon

Director:

George Stevens

Narración literaria:

Marcos Estrada

OLIVIA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

EN CUALQUIER PUEBLO DE INGLATERRA
1805

LA calle lleva por nombre Calidad y es tal vez porque en ella viven familias acomodadas y distinguidas. Las señoras se entretienen haciendo labores de punto y ganchillo, usan cofia, traje de alto talle y cubren el vestido de brocado con caprichosos delantales de fina muselina, adornados con puntillas de Valenciennes.

Las costumbres del momento son muy rígidas, muy severas, los libros que leen esas señoras describen existencias absolutamente irreales, son la esencia de la corrección y el disimulo. Todo es perfecto, bonito, de tonos rosados y, a pesar de tanta perfección, tanta candidez y tanta sonrisa, lo

que les absorbe a todas es la chismografía. Las cortinillas de lino se agitan en cuanto ven entrar alguna visita en la casa de enfrente y el visitante es un caballero. ¡oh! ¿a qué irá el señor tal a casa de Priscilla?

Pasa muy poca gente por la calle de Calidad; pero detrás de cada ventana hay ojos avizores a los que no pasa inadvertido el vuelo de un pajarito, o la llamada del cartero en la casa contigua.

Susana y Phoebe Throssel no se diferencian de sus amigas en este entusiasmo por saber lo que ocurre en la vecindad, y sienten la misma curiosidad que todas ellas, pero las dos hermanas tienen actualmente otras preocupa-

ciones. Han sufrido en silencio, un quebranto económico y les va a ser un poco difícil continuar viviendo como hasta ahora. Susana, mucho mayor que Phoebe, acaricia una idea: casar bien a la menor, e incluso piensa con quien.

El saloncito de las Throssel, amueblado con refinado buen gusto, reúne en simpática tertulia a tres de sus amigas íntimas. Henriette, Mary y Fanny. Susana preside la reunión que consiste en escuchar a Fanny, quien lee una novela en voz alta.

Henriette puede escuchar la lectura y vigilar la calle, lo que le permite aprovechar la entrada de Patty, criada de las Throssel, con una carta, para decir:

—La señora Watman ha comprado un pastel. ¿A quién habrá invitado a tomar el té?

Esta información interesa a todas, y Mary, sin perder tiempo, agrega:

—Ya lo averiguaremos. Será mejor que corra las cortinas, ¿verdad, Susana?

—Como quiera, Mary.

Obtenido el permiso de la dueña de la casa, Mary corre las cortinas y así, desde su butaca, podrá ver perfectamente quién entra y quién sale de casa de la se-

ñora Watman. Pero no es Mary sola la que realiza esa maniobra. Son varias las cortinas que se agitan movidas por las manos de las curiosas comadres que descuidan su trabajo para ocuparse del de los demás.

—Continúa leyendo, Fanny —dijo Mary en tono autoritario.

Fanny era la hermana de Mary, menor que ésta y la más joven de las cuatro damas reunidas, pues Phoebe Throssel había salido de paseo y no había regresado todavía. Abrió de nuevo el libro Fanny y continuó la lectura.

—...el reloj de la iglesia dió las horas... una, dos, tres, cuatro, cinco.

Una voz recia que venía de la calle hizo parar de nuevo a la lectora.

—Es el sargento que va reclutando voluntarios; ayer pasó por la calle... —explicó Mary, que ya se había levantado de su asiento y apostado junto a la ventana por no perder el espectáculo—. Este sargento es un insolente, tiene la costumbre de cerrar un ojo y abrirlo en seguida... ya saben lo que quiere decir eso.

La ventana de las Throssel era baja y los que pasaban por la calle podían muy bien ver a los que había en la habitación, especial-

mente si las cortinas estaban levantadas. Pasó el sargento, y al ver a Mary le guiñó el ojo, lo que obligó a la curiosa a retirarse y ordenar a su hermana que continuara la lectura.

—«...de pronto, en la obscuridad, apareció un hombre. Ella quedó sobrecogida, temblando. El se acercó lentamente, y sin darle a entender cuáles eran sus intenciones, la cogió dulcemente entre sus brazos, besándola apasionadamente.»

—Para, Fanny —ordenó Mary—, Susana, me asombra que tenga un libro tan atrevido y de tan mal gusto en su biblioteca.

—Lo siento en el alma, señorita Mary Willoughby —dijo Susana—, no tenía idea del libro que había elegido. Fanny, déjeme lo.

La jovencita entregó el libro a Susana y ésta dejó que la labor descansara en su regazo mientras continuaba leyendo para sí el párrafo que Mary había interrumpido.

—Susana está leyendo el final de la novela —dijo Fanny riendo maliciosamente.

—Perdonen mi pasión por todo lo romántico —dijo Susana—, es muy natural en una solterona.

—¡Susana! ¡Qué palabra!

—exclamó Mary horrorizada ante una verdad que la tocaba tan de cerca.

—Lo soy, Mary, y usted también, querida amiga, pero confío en que Phoebe no quedará soltera, perdónenme.

—Con su permiso Susana, iré a buscar mi abrigo para marcharme —dijo Mary.

—Usted lo tiene —contestó la dueña de la casa.

Al salir Mary Willoughby de la habitación, Henrietta Turnbull aprovechó el momento para preguntar a su amiga algo que no se había atrevido a decir ante la chismosa Mary.

—Susana, ¿ha querido insinuar que el señor B. se ha declarado ya a Phoebe?

—Lo espero de un momento a otro —dijo Susana más que satisfecha.

Se despidieron las tres amigas, y al poco rato llegó Phoebe de la calle. No le pasó desapercibido a Susana el aspecto sobresaltado de su hermana y le rogó que se sentara para hablar un poco.

—Estás muy nerviosa, Phoebe.

—He hablado con él —contestó la joven.

—¿Con el señor B.? ¡Estás temblando!

—No, no, no.

—¿Te has puesto las manos sobre el corazón?

Phoebe hizo lo que le mandara su hermana y sonrió.

—¡Ah, sí, es verdad!

—¿Se te ha declarado?

—¡Susana! ¿Cómo puedes preguntar esto? Lo ocurrido es que yo estaba de visita en casa de una mujer muy desgraciada cuyo esposo...

Se abrió la puerta de la salita y Mary Willoughby apareció de nuevo.

—¿Cómo está, Phoebe? No quisiera alarmarlas; pero hay un hombre escondido en esta casa.

—¡Un hombre! —exclamó Susana más asustada que si hubiesen mentado al diablo.

—Huelo a tabaco —insistió Mary.

—Esto ocurre en la cocina. Voy a hablar claro a Patty —dijo Susana.

Llamó a la criada y ésta se presentó con cierto desparpajo.

—Patty —dijo Susana—, no quisiera molestarte, pero...

—¿Qué quiere decir, señora, ¿qué tengo un pretendiente?

—No, no.

—¡Está bien! —repuso la criada dispuesta a retirarse victoriosa.

—Patty —dijo Phoebe—, hay

un hombre en esta casa, en la cocina... debe marcharse.

—Y... supongamos que no quiere marcharse —objetó Patty.

—Si no quiere marcharse —repuso Phoebe—, que suba y yo hablaré con él.

Patty fué en busca del intruso.

—Eres muy valiente, querida Phoebe —dijo Susana—, nosotras nos esconderemos mientras tú le riñes.

—Sí, será mejor —contestó Phoebe que no se sentía tan valerosa como le suponían su hermana y sus amigas.

Apenas habían desaparecido las solteronas de la habitación penetró en ella un sargento uniformado, el mismo que sabía guiñar el ojo y reclutar voluntarios.

—¡Sargento! He de reprender a usted por introducirse en la cocina de nuestra casa, pero mientras tanto sírvase poner los pies sobre este papel, que podría ensuciar el piso —y Phoebe echó un diario al suelo sobre el cual se cuadró el veterano sargento.

—Es un placer para mí, señorita.

—Me apena mucho cuando le veo en la calle hablando a gritos con los muchachos —dijo Phoebe alvidándose de reír al intruso.

—A ellos les encanta oírme. Esta semana he reclutado cinco voluntarios. Me han escuchado y me han seguido a todas partes. He tenido mucha suerte, muchísima, al fin lo conseguí...

—¿Qué ha conseguido?

—Me refiero a que se ha alistado un caballero de este pueblo, y esto ha animado a los demás.

—¿Se ha alistado un caballero? —preguntó Phoebe un poco intrigada. ¿Quién es?

—Esto es un secreto, señorita.

—Sea simpático y dígamelo.

—No puedo decírselo.

—Debe decírmelo.

—Me es imposible, no me obligue a ello.

Phoebe tenía sospechas de quién podía alistarse, pero la profesión que ejercía la persona que a ella le interesaba, hizo que considerara absurda la idea.

Sería mejor hacer hablar al sargento, hombre que le gustaba mucho explicarse, si bien su oratoria se desplegaba mejor en la cocina ante un auditorio como Patty, y especialmente si ésta estaba en curso de preparar algo sabroso para desayunar.

Puesto en pie, cuadrado ante Phoebe, sin moverse ni un centímetro del diario en que le había confinado la dueña de la casa,

ofrecía una visión bastante cómica.

Susana y sus amigas miraban por el ojo de la cerradura, pero no podían oír lo que se hablaba. La sesión les parecía bastante larga y no atinaban en qué podría consistir aquella plática. Mary, en su escondrijo, exhaló un suspiro.

—No es feo el sargento —murmuró en voz baja.

—No es guapo —contestó Susana.

—¡Callen! Nos van a oír y Phoebe perderá la serenidad. No le dirá todo lo que hay que decirle —dijo Fanny.

—Me parece que ahora quien habla no soy yo —replicó Mary.

—Es muy difícil que cuatro mujeres juntas guarden silencio —observó Susana en voz baja.

—Especialmente si están ardiendo en deseos de saber qué es lo que ocurre en la habitación contigua —agregó Henrietta.

—Ahora me parece que Phoebe le habla muy seria —dijo Fanny.

—El sargento no se inmuta —comentó Mary.

Phoebe insistía en querer averiguar quién era el caballero que se había alistado.

—No comprendo que debe considerarse un secreto el alistamien-

to de un soldado cuando forzosamente lo habrá de saber todo el pueblo.

—Por esto, señorita, espere un par de días o menos, y lo sabrá todo el mundo.

—Sargento. Le he llamado para decirle algo que todavía no le he dicho. Perdóneme que ahora le eche de mi casa. Hablaté en un tono un poco duro para que mi hermana y mis amigas se enteren.

—No se preocupe señorita, estoy acostumbrado a estas cosas.

—Es que no quisiera molestarle.

—Muy agradecido, señorita.

—Pues, ahora, espere.

Phoebe se colocó en el centro del saloncito, y con una mano levantada y señalando a la puerta, gritó:

—¡Salga de aquí! Ya sabe que no tolero que entren hombres en nuestra casa. La próxima vez que vuelva a encontrarle en la cocina, le echaré sin contemplaciones. ¡Salga inmediatamente! ¡Márchese!

—¡Muy amable, señorita, buenas tardes.

El sargento se dirigió a la puerta con paso marcial, habiendo hecho antes una reverencia a la airada damita.

Susana y Mary salieron de su escondrijo.

—Phoebe, no me imaginaba que fuese tan valiente —dijo Mary.

—¿No? ¿De veras? Pues ya ha visto cómo sé comportarme cuando llega el momento.

—Adiós, Phoebe, y muchas felicidades, que sea muy feliz.

Cuando las dos hermanas quedaron solas, Phoebe interrogó a Susana.

—¿Les has dicho alguna cosa referente al señor B.?

—No puede remediarlo Phoebe, pero continua contándome lo que ha ocurrido en la calle.

—Sí, es verdad. Pues, como te decía, estaba yo haciendo compañía a esa pobre mujer desgraciada, cuyo marido ha muerto en la guerra y, al salir a calle, él pasaba...

—¿Y qué?

—Se acercó a mí. Desde hace algún tiempo, siempre que me encuentra por la calle se detiene para hablarme.

—Este es muy significativo...

—Me dijo: «Debo decirle algo, señorita Phoebe. Tal vez ya sabe usted de lo que se trata». Yo contesté como debe hacerlo una dama: «Por favor, no me lo diga usted en la calle». El lo

comprendió en seguida y me comunicó que vendría esta tarde a visitarnos.

—¡Dios mío! —exclamó Susana, emocionada.

—¡Y pensar que todo esto ha pasado en menos de un año!

—Puede ofrecerte una gran posición. Es médico... y es muy impetuoso.

—Sí. Tan sólo hace un año que lo trato.

—Es desde el primer día que tomó el té con nosotras.

—¿Te acuerdas que fumó aquí, sentado en este sillón? Todo ha sido muy precipitado. Todo en un año.

—Phoebe, tengo un regalo de boda para ti.

—No, Susana; todavía no.

—Es algo que tengo guardado hace mucho tiempo. Creía que sería para mí... hace muchos años, cuando pensaba casarme. El se llamaba William, y temo que me encontró poco atractiva.

—Susana, yo te encuentro muy guapa —exclamó Phoebe, abrazando a su hermana, en cuyos ojos asomaban las lágrimas.

—Era un oficial de marina. Pero no sé lo que ocurrió... Creo que su prima Cecilia... Se

casaron y ya tienen hijos mayores.

—Susana, no te atormentes con estos recuerdos.

—Ven a mi habitación, Phoebe, y te lo enseñaré.

—¿De que se trata?

—Es un traje de novia, muy adornado. Cuando se es joven se tienen ideas románticas, aunque una no sea hermosa. Mucho antes de terminarlo sospeché que no llegaría a casarme, pero quise terminarlo, y luego lo guardé. Ahora te lo regalo a ti.

Susana abrió un cajón de su cómoda y sacó un hermoso traje blanco, adornado con encajes.

Phoebe quedó sorprendida ante aquella hermosa reliquia que Susana había guardado durante bastantes años.

—¡Es hermoso! ¡Precioso! Susana, no podría llevarlo, no debo quitártelo.

—Sí, Phoebe, me harás feliz si lo aceptas. ¡Jamás podré llevarlo yo!

Se oyó a Patty cantando y luego a alguien que llamaba a la puerta de la calle con el bastón.

—¿Es él? —preguntó Susana, tan nerviosa como Phoebe.

—Sí, me parece que es su manera de llamar.

—¡ Qué impetuoso !

—Mucho, Susana. Aquella tarde... creo que me besó.

—¿ Cómo dices ? ¿ Lo crees ?

—Estoy segura de ello. Hace una semana ; fué aquella tarde que me acompañó al concierto. Estaba lloviendo y yo tenía la

cara encendida. Dijo que por eso me había besado.

—¿ Porque tenías la cara encendida ?

—Sí ; entonces me pareció una excusa plausible, pero ahora no.

—¡ Phoebe, eso es horrible !

—Tienes razón, Susana ; no fué digno de una dama.

UN GALAN IMPETUOSO

PATTY había abierto la puerta de la calle para admitir al doctor Valentin Brown, al que saludó respetuosamente, anunciando que iba a avisar a sus señoritas.

Las dos hermanas aparecieron en el salón, donde las aguardaba un hombre joven, vestido según la elegancia de la época.

—Señorita Susana, ¿cómo está usted? Señorita Phoebe, aunque hace poco nos vimos, insisto en estrechar de nuevo su mano.

—Siempre tan impetuoso—comentó Susana para sí ante la cordial, pero a todas luces correcta actitud del joven doctor—. ¿Tomará el té con nosotras?

—Gracias; con mucho gusto.

—Phoebe, querida, di a Patty que prepare el té y cuente con un invitado.

—No quisiera causarles demasiada molestia, señorita Susana.

—Es un placer para nosotras poder atenderle, doctor Brown. La vida de dos mujeres solitarias es muy poca cosa, y todas las visitas son recibidas con agrado, claro que unas más que otras.

—Las señoritas Willoughby, por ejemplo... —dijo el doctor, sonriendo.

—Son un poco chismosas, es verdad; pero no hay mala intención —dijo Phoebe.

—La chismografía es la enfermedad de este pueblo —dijo el médico.

—Creo que es la de todos los pueblos pequeños donde las gentes se conocen demasiado —agregó Susana.

—Ello proviene de que, en realidad, hay poco que hacer, y resulta una ocupación como cualquier otra registrar las visitas que entran y salen de la casa vecina. Mientras yo me dirigía hacia aquí he observado varias cortinillas que se levantaban rápidamente y ojos que me seguían con la mirada para ver adónde me dirigía.

—Siempre ha ocurrido lo mismo —observó Susana—. Era muy chiquitina que ya pasaba esto.

—Y seguirá así toda la vida; hay costumbres y maneras de ser que nada ni nadie pueden variar —dijo el médico.

—Ahora hay mucha animación en la calle con la voz del sargento que va reclutando voluntarios —observó Phoebe.

El doctor Brown pareció no haber oído.

—Sí, es verdad —dijo Susana—; pero no creo que sean muchos los que se alistén. Hay pocos jóvenes en este pueblo.

—Está hermoso el jardín de ustedes, señorita Phoebe—dijo el médico.

—Ha llegado la primavera, y

como nuestro jardín es muy viejo, se llena de flores en esta época.

—¡Es hermosa la primavera! —suspiró Susana.

Patty apareció con el servicio de té y Phoebe se dispuso a servirlo.

—¿Cuántos terrones? —preguntó Susana—. ¿Dos?

—Cinco —contestó el médico— si me lo permite.

Las dos hermanas rieron ante la franqueza de aquel joven, tan distinto de la manera de ser de ambas.

—¿Puedo sentarme en esta silla, señorita Phoebe? Sé que a la señorita Susana le gusta que rompa sus sillas.

—¿Quién pudo decirnos lo contrario, señor Brown? Phoebe es raro que hable así.

—Puede hablar como quiera—repuso la más joven.

—Es usted muy amable —señorita Phoebe, dijo el médico—. ¿Me considera impetuoso, señorita Susana? ¿Soy impetuoso, señorita Phoebe?

—Le creo un poco impetuoso —contestó Phoebe, sin atreverse a mirarle.

—Hoy tengo intención de decirle algo que quizá pueda tildarse de impetuoso. No se marche,

Susana, sin saber antes de lo que se trata.

El doctor Brown se dirigió a la hermana mayor porque vió que se disponía a abandonar el salón.

—Pero es que... casi aseguraría... que sé de lo que se trata, doctor Brown.

—¡Susana! —exclamó Phoebe, desolada.

—No, no lo sé, claro; sólo quise decir que lo adivino. ¿Por qué no salen a pasear por el jardín?

—Sí, vamos —dijo Phoebe resuelta, levantándose—. ¿Le parece bien, doctor?

—Sí, claro.

La joven pareja salió al jardín, bello trozo de tierra bien cultivada, con hermosas flores y árboles centenarios. El ambiente no podía ser más apropiado ni más poético. El corazón de Phoebe latía con violencia. El doctor Brown no parecía estar demasiado nervioso. Andaron un rato en silencio hasta llegar a un banco, donde se sentó Phoebe y le siguió Brown.

—Señorita Phoebe...

Esta tenía los ojos bajos y no se atrevía a levantarlos.

—Sí, señor Brown.

—Siempre he comparado a usted con este precioso y antiguo

jardín, cuajado de todas las flores que más me gustan..., porque son las que mejor conozco. La margarita, símbolo de inocencia, símbolo de la constancia. La modesta violeta... y la fragante rosa.

—¿Lo cree usted así?

—De todo corazón. La actitud de su hermana me ha desconcertado. ¿Cómo puede saber mis secretos?

—Porque...

—¿Usted también lo ha adivinado? —preguntó el médico, sorprendido.

—No debe preguntarme eso.

—Sé que usted adivinaría mis pensamientos.

—Espero que no será así.

—Aumenta el brillo de sus ojos cada vez que se habla de la guerra.

La alusión a la guerra hizo palidecer a Phoebe.

—Señor Brown, ¿qué quería decirnos?

—Que me he alistado voluntario, Señorita Phoebe, ¿creía que se trataba de alguna otra cosa?

El sol brillaba espléndidamente, pero en aquel instante Phoebe creyó que se hallaba encerrada en un cuarto a oscuras.

—¿Va usted a la guerra, doctor Brown? —preguntó con voz

imperceptible—. ¿Se trata de una broma?

—Sería una triste broma. Creí que lo sabía usted ya, que el sargento que va reclutando hombres se lo habría dicho.

En el cerebro de Phoebe se hizo la luz y recordó las palabras del sargento.

—¡Ya comprendo! ¡El sargento!

Hecha ya la confesión, el doctor Brown se sintió animado y empezó a hablar con entusiasmo de su futura empresa.

—En estos tiempos de lucha, un hombre no debe quedarse en casa. Ayer encontré a cinco indecisos y les pregunté si se alistarían si yo me alistaba. Respondieron que sí, señorita Phoebe. No es un hombre lo que ofrezco al rey, sino seis.

—Creo que su conducta es la de un hombre valiente, doctor Brown.

Phoebe quería disimular, pero le costaba mucho retener las lágrimas que pugnaban por salir.

—Partimos inmediatamente para el frente, y antes de marchar he querido venir a despedirme.

—Rezará para que Dios le guarde de todo mal, doctor Brown.

—Confío en que usted y Susana tendrán la bondad de escribirme. Se lo agradeceré muchísimo.

—Si así lo desea —contestó maquinalmente Phoebe, que estaba asistiendo en silencio al entierro de su amor.

—Me gustará tener noticias de lo que ocurre en la calle de Calidad.

—No creo que tengan gran importancia para usted.

—La tienen. Viven en ellas damas que me son muy gratas—y al decir esto miró sonriente a Phoebe.

—Y yo, ¿le he sido agradable? —se arriesgó a preguntar la desdichada niña.

—Muchísimo. Sus amigas siempre están criticando y refunfuñando. Usted es mucho más joven y contrasta con ellas. Tengo la impresión de que la consideran un poco impetuosa.

—Temo que en esta ocasión he sido demasiado impetuosa.

—He de marcharme; entremos, Phoebe.

La impresión fué que el cielo se cerraba para ella y quedó sentada en el mismo banco que la dejara el doctor Brown, sin ánimos para enfrentarse con Susana. Pero era indispensable regresar a la casa y explicarle lo que había

ocurrido. Reunió Phoebe fuerzas para levantarse y con paso lento penetró en el salón. Allí la esperaba Susana, ansiosa de saber cómo se había desarrollado la amorosa declaración.

—¡Bien! ¿Qué ocurre? —preguntó, curiosa.

—¡Susana!

—Dime, ¿qué ha pasado?

—Es el caballero que se ha alistado del que me habló el sargento, y vino a decirlo y a despedirse de nosotras.

El doctor Brown había entrado detrás de Phoebe para despedirse personalmente de Susana.

—¿Se marcha usted? —preguntó, sorprendida.

—Sí. ¿No considera usted que soy precisamente el hombre que debe alistarse? Un hombre soltero, sin madre y sin novia.

—¿Sin novia? —acentuó Susana.

—¿Tiene usted alguna para mí?

La situación era más que violenta para la pobre Phoebe, y, reuniendo todas sus fuerzas y valor, habló así:

—Susana. Será mejor que se lo digamos. Ya sabe usted que en la calle de Calidad somos algo curiosas, y cuando usted dijo que tenía una noticia que comunicar-

nos, estuvimos hablando acerca de lo que se podría tratar... y llegamos a la conclusión de que iba a casarse.

—¿Eso creyeron? —preguntó sorprendido el médico.

—Las mujeres somos así —continuó Phoebe—, pensamos en que tal vez conociéramos a la joven elegida y hasta hablamos de ciertos detalles de la boda.

—No sé de nadie que estuviera dispuesto a aceptarme; en fin, señorita Susana, debo marcharme... y que Dios les bendiga.

—¿Se va?

—Sí, ya no enunciaré más sus alfombras, señorita Susana, ni romperé sus sillas, se ha librado usted de mí. Señorita Phoebe, continúe siempre hermosa como el jardín. ¡Adiós!

Salió el que hasta poco habían considerado un impetuoso galán y que no era más que un hombre consciente de sus deberes patrios que marchaba a la guerra.

—Nos equivocamos, fué un error —dijo Phoebe—, podemos guardar el traje de novia.

—Quedan otros jóvenes muy simpáticos en el pueblo —dijo Susana para consolar a la desencantada Phoebe.

—¡No me interesan!

- ¡Volverá! Volverán otros.
—No, no me hables nunca más de ello. ¡Pensar que permití que me besara!
—No pudiste evitarlo.
—Sí, ahora me doy cuenta de que pude evitarlo, pero le quería... No vuelvas a hablarme nunca más del doctor Brown. Tal vez él se dió cuenta de que le quería y me besó para hacerse agradable, por lástima, y yo le di todo mi amor. ¡Susana, podría soportar el desengaño, pero no me perdono el no haber sabido comportarme como una dama!

PASA EL TIEMPO

El fracaso de la deseada boda con el doctor Brown y la pérdida de intereses que habían sufrido las hermanas Throssel las había obligado a establecer un colegio en la misma casa donde habitaban al que concurrían niños y niñas de la vecindad.

Susana daba una clase y Phoebe otra. Desde el día en que el doctor Brown estuvo a despedirse de las dos hermanas, habían transcurrido diez años, y Phoebe ya no era aquella flor que el médico comparaba con las de su jardín.

La lucha por la vida había hecho perder el humor a Phoebe y el desengaño que guardaba en su corazón era lo que más amargaba

su existencia. Cuando se miraba alguna vez al espejo y se veía vestida con un traje marrón oscuro, y sobre la cabeza una cofia blanca, parecida a la que Susana llevaba desde muchos años, le parecía mentira que ella fuese la misma que un día logró que la mirara apasionadamente el doctor Brown.

Phoebe acababa por creer que todo aquello había sido un sueño del que había despertado tal como era ella ahora. Juventud, belleza y alegría eran tres cosas que seguramente no había poseído jamás. No obstante... las palabras del doctor acudían a su memoria. ¿No la había comparado a las flores de su jardín?

Habían transcurrido diez años

de todo aquello, y el tiempo se había mostrado cruel con las hermanas Throssel. Sin duda su destino era el quedar solteras. ¿No le había ocurrido lo mismo a Susana? De joven había amado a un hombre, según confesión propia, y al llegar el momento de declararse había surgido la dificultad que le privó de ser feliz. Con Phoebe era toda una guerra de años lo que se había interpuesto entre ella y su amor.

Pero, tal vez todo esto eran ilusiones porque si el doctor Brown hubiese estado enamorado como ella creyó un día que lo estaba, no se habría marchado sin pronunciar la palabra deseada. Por otra parte, sus cartas desde el campo de batalla no eran más que la correspondencia superficial que se dirige a un amigo indiferente. ¡Sólo hablaba de la guerra!

Todo habían sido vanas ilusiones y la realidad era ésta. Una Phoebe envejecida que aparentaba más años de los que tenía, un colegio lleno de niños y niñas mal educados que apuraban la paciencia y el humor de las dos infelices señoritas que tenían que trabajar para ganarse la vida. Poca cosa más podían esperar las dos Throssel. Un día la guerra terminaría y regresarían los que ha-

bían marchado. Pero... ¿para qué? ¡Era tan distinta la Phoebe que había dejado a la que encontraría ahora!

La escasez de medios con que contaban, el trabajo a que no estaban acostumbradas habían atropellado a las dos, pero los estragos del tiempo se notaban mucho más en Phoebe. A ésta le costaba todo el resignarse a ser una pobre maestra de escuela.

En la fachada de la casa se leía un letrero anunciando las matrículas para el onceavo curso. Un año atrás, otro habría transcurrido y los hombres que partieron a la guerra, ¿quién sabía cuando volverían?

Phoebe estaba dando clase de baile mientras Susana intentaba darla de aritmética a otro grupito de niños.

—Señoras y caballeros —dijo Phoebe a sus alumnos que acababan de bailar una especie de minueto—, pueden sentarse.

Susana penetró en la clase y habló en voz baja a su hermana.

—Phoebe, ¿cuántos suman catorce y diecisiete?

—Treinta y uno

—¡Gracias! ¡Qué inteligentes —contestó la infeliz profesora.

Pertrechada con la solución

que le había dado Phoebe, Susana se sentó de nuevo en su aula.

—Señorito Douglas, el de la derecha.

Un muchacho desgarbado se puso en pie.

—No Douglas el primogénito, sino Douglas el benjamín. ¿Cuánto suman catorce y diecisiete?

—¡Treinta y uno!

Un rumor extraño se dejó oír desde la calle y un niño penetró en la clase gritando:

—¡Venid! ¡Venid! desfilan soldados!

No hubo autoridad de profesora que les detuviera, y toda la clase en peso salió a la calle para ver desfilar a los soldados que regresaban de la guerra precedidos por el ya conocido sargento del pueblo.

Phoebe y Susana también miraban el desfile y escrutaban las caras de los soldados para descubrir la de un viejo amigo. Terminó el paso de los militares y las dos hermanas se miraron con tristeza.

—Tal vez se ha quedado en Londres —dijo Susana para avivar la llama de la esperanza que suponía ardía todavía en el corazón de Phoebe.

—¡Entrad, niños! —dijo la joven dirigiéndose a sus discípulos

que permanecían extasiados en la calle esperando más soldados.

Los alumnos entraron alborotados en las clases saltando por encima los bancos y chillando como locos.

—Vamos, niños, volved a vuestros puestos, por favor, un poco de orden.

Susana en su aula, a la que asistían los mayores, tenía que luchar con la impertinencia de unos cuantos que eran traviesos de verdad. Cuando se veía apurada, corría a buscar socorro en la clase de Phoebe, quien generalmente la sacaba del trance.

—Phoebe, William dice que son quince y es tan mayorcito... ¿Crees que debo contradecirle? ¿Puedo decirle que hay cierta divergencia de opiniones a este respecto? Nadie puede estar completamente seguro, ¿verdad, Phoebe?

—Te aseguro que son once, y es preciso que lo sostengas, Susana, no debemos demostrar a los niños mayores que les tememos. Debes imponerte, tratarles con energía, hablarles con voz severa y mirarles cara a cara.

Con esta inyección de autoridad, Susana regresó a su mesa.

—William Smith, sírvase pasar al encerado.

Pero William Smith era un chico mal educado, y en lugar de obedecer a su profesora no hizo más que sacar la lengua. Susana no pudo resistir el insulto y salió de nuevo para pedir ayuda a su hermana.

—¡William Smith ha sacado la lengua cuando le he dicho que subiera al encerado!

No era posible tolerar semejante indisciplina, y Phoebe haciéndose cargo de la situación resolvió ponerle arreglo en el acto.

—Niños, podéis retiraros—dijo a sus alumnos, y se dispuso a ocupar el sitio de Susana.

—Phoebe, déjalo, es muy tarde ya.

—¿He de consentir que se rían de nosotras? ¿De sus verdaderas educadoras? Susana, déjame el paso libre.

Como un rayo se dirigió Phoebe hacia la clase de los rebeldes dispuesta a imponerse y a castigar.

Un coche paró ante la casa escuela y de él se apeó un apuesto militar al que el tiempo y la campaña habían dejado algunas huellas, pero que conservaba la misma gallardía de diez años atrás.

—¡Patty! —exclamó el doctor Brown dirigiéndose a la criada

de las Throssel que estaba en la puerta con unos niños.

—¡Doctor Brown! ¡El doctor Brown, señorita Susana! —gritó Patty.

Salió Susana a las voces de su fámula y al ver de quien se trataba sólo pudo exclamar:

—¡El capitán Brown!

—Que se presenta de nuevo al hogar.

—¿Le llamáis hogar a esta casa?

—Señorita Susana. Me alegra ver que usted casi no ha cambiado. Y... ¿la señorita Phoebe? ¿Dónde está la señorita Phoebe de los rizos?

—¿Phoebe, la de los rizos? Doctor Brown, no espere encontrarla.

—¿No está aquí? ¡Esto estropea el regreso al hogar!

Susana había penetrado en la casa para advertir a Phoebe, la cual estaba luchando con los mal educados William, Douglas y otros.

—Phoebe, ¿sabes quién ha llegado?

—Lo supongo, pero he perdido todos mis atractivos.

El capitán Brown entró en la casa a tiempo para poner en la calle al travieso de Williams que

seguía burlándose de sus profesoras.

—¡Vaya mozalbeta descarado, señora! Le he puesto en la calle. ¡Oh, señorita Phoebe, es usted!

—Sí, doctor Brown, he cambiado mucho, se me notan los años.

—No es tan vieja como eso, señorita Phoebe.

—Cierto.

—Despido a los niños —dijo Susana—. Los caballeros, saludarán y las damas harán una reverencia al valiente capitán Brown.

Así lo hicieron los niños, más que satisfechos de lograr una fiesta a cambio de una cosa tan fácil como un saludo.

Cuando quedó el doctor con las dos hermanas, exclamó:

—¡Vaya un desfile! Señorita Phoebe, ¿por qué no me decía en sus cartas que estaba rodeada de chiquillos mal educados que la atemorizaban?

—Porque sólo hay uno. La mayoría de ellos da gusto educarlos, son buenos y cariñosos.

—Es extraño, parece que está usted muy cansada.

—Es que tengo dolor de cabeza.

—Estaba con la idea de que usted y la señorita Susana tendrían

interés en asistir al baile. He traído invitaciones, pero...

—¿No ha pasado ya para mí la época de asistir a los bailes?

—No; no lo crea.

—Encontraré damas encantadoras y deseo que pase una feliz velada —dijo Phoebe.

—Volveré a visitarlas, señoritas, muy pronto. El impetuoso señor Brown desea volver a tomar el té con la señorita Susana y la señorita Phoebe.

—¡Phoebe, la de los rizos! —murmuró la desdichada en voz baja, mientras se retiraba del salón.

—Ella, ella, no...

—Es una pena, Susana —dijo el doctor.

—Sí, mi pobre hermanita ha consumido su juventud enseñando a esos chiquillos.

—Dicen ustedes de mí: el valiente capitán Brown... créame, son mucho más valientes las mujeres que soportan la soledad. Buenas tardes, señorita Susana.

El doctor militar salió de la casa de las Throssel con muchos menos ánimos de los que traía cuando había entrado. El aspecto de Phoebe con la poco favorecedora cofia y traje obscuro, borraba por completo el recuerdo que él guardaba de una mucha-

cha alegre, elegante, bonita y simpática.

En cambio, Phoebe, sumida en el silencio de su casa una vez que la abandonaban los colegiales, pensaba en el bizarro capitán

Brown para quien no representaban nada los diez años transcurridos, y al que las pocas canas que se veían en su cabeza, en vez de avejentar le favorecían. ¡Pobre Phoebe!

EL REGRESO DE LOS HEROES

LA llegada de los militares que habían estado luchando durante tantos años, fué motivo de alegría y jolgorio en el pueblo, y las muchachas se consideraban felices pudiendo pasear acompañadas de algún apuesto soldado de los que habían vuelto cubiertos de gloria.

Ocultada por las cortinillas de su ventana, Phoebe observaba a los paseantes con mirada triste. Hasta ella llegaba el rumor de una conversación insulsa de una señorita con un oficial.

—Dígame —preguntaba la joven—, ¿es divertida la guerra?

—¿Divertida? Para Napoleón, no —contestaba el guerrero.

—¡Muy gracioso! ¡Qué ocu-
rrente es usted!

Phoebe se apartó de la ventana para no oír más tonterías.

—Esta noche se celebrará el baile, Susana. Asistirá el apuesto capitán Brown.

—No te atormentes, hermanita —dijo Susana.

La hermana menor siguió hablando como si no hubiese oído el consejo de Susana.

—Bailaré con Charlotte Parratt. Charlotte es tonta y egoísta, pero tiene la preciosa edad de dieciocho años, Susana, le odio... ¡qué desgraciada soy!

—¡Sí, hijita!

—Vi en su mirada que me encontraba vieja, y es porque estoy

fatigada. Aunque sus palabras eran otras comprendí que me decía: Perdón, señorita Phoebe, ya se marchitó su belleza, temo que tiene jaqueca y sus ojos están cansados. Se le ha olvidado que tan sólo tengo treinta años. Susana, ¿por qué treinta años representan muchos más que veintinueve?

—No te preocupes, no bailará con ella. Charlotte es una coqueta sin sentido común.

—Son las que prefieren los hombres, y por esto quedan solteras las mujeres sensatas. Estoy cansada de ser una mujer tan prudente y discreta. Quiero ser alocada y divertida. Quiero que me galanteen y admiren. Quiero despertar a una nueva vida, Susana, ya me pesa este ambiente. Hace diez años me dormí siendo joven y me he despertado con esta coña en la cabeza. No puedo resignarme a ella, no es justo.

La menor de las Throssel hablaba excitada, y Susana estaba inquieta por el giro que iba tomando la conversación de la prudente Phoebe.

—Siempre tuviste mucha paciencia, hermanita.

—No, No siempre. Tú sabes que a veces he sido una rebelde. Guardo la imagen de lo que fui

cuando joven. A veces la miro, otras la beso y me digo: ¡Pobrecita, todos te han olvidado, pero yo me acuerdo de ti.

—No la recuerdo —dijo Susana fríamente.

—La guardo en mi habitación. ¿Te gustaría verla? La bajaré en seguida.

Salió Phoebe del salón y Susana se dirigió a sus habitaciones donde encontró a Patty mirando a través de la ventana.

—Patty, ¿contemplas embobada a esas criaturas alocadas que van al baile?

—No, señorita, contemplo a los enamorados.

—¿A los enamorados? No pensaba que esto pudiera interesarte. ¿Tienes algún pretendiente, acaso?

—No, señorita, no tengo ninguno... todavía; pero puede aparecer en la esquina de un momento a otro. Hace quince años que le espero.

—¿Quince años y aún tienes esperanzas?

—No existe una mujer realmente fea en los Estados del Rey —contestó resuelta la criada.

—Tú eres bastante mayor que la señorita Phoebe.

—Sí, señorita, le llevo diez años de ventaja.

—Sería demasidado suponer que eres extraordinariamente bonita.

El asombro se pintó en el semblante de Patty ante la crudeza de las palabras de su dueña.

—Sí, señorita, pero mi cara, es más, cuanto más la miro en el espejo más me gusta. Siempre que me miro pienso: ¿Quién será el afortunado?

—Patty, me dejas asombrada.

—Ha llegado la gran oportunidad para las mujeres, señorita. Todos esos hombres que llegan de la guerra, algunos de ellos mutilados, ¿a quién cree que van a escoger, señorita Susana, a usted o a mí?

—¡Patty!

—¿O a la señorita Phoebe? ¡Qué preciosa era en su juventud! ¿Verdad, señorita?

—¿La recuerdas, Patty?

Antes de que la criada tuviera tiempo de contestar, se abrió la puerta de la habitación y apareció Phoebe, la de diez años atrás vestida con un elegante traje blanco.

Susana volvió la cabeza y quedó petrificada. Aquello era una aparición.

—¿He cambiado mucho, qué te parece? —preguntó Phoebe.

—Casi me has asustado —dijo Susana reponiéndose del sobresalto.

Phoebe adelantó unos pasos e inclinándose ante una butaca empezó a hablar como si hubiera allí una dama sentada.

—¿Me concede el honor de este baile, Phoebe, la de los rizos? Baile usted matavillosamente, lo mismo que si tuviera veinte años. ¿Me concede este baile?

Continuó haciendo varias coquetías como si andase a su lado el capitán Brown, con lo que asombró a su hermana y a la criada.

—¡Oh, señorita Phoebe! —exclamaba Patty entusiasmada ante la reaparición de su bella señorita.

—No soy la señorita Phoebe, ahora soy joven, soy feliz, soy Lady Phoebe, la de los rizos.

UNA LLAMADA OPORTUNA

ALGUIEN llamó a la puerta con el bastón. Las tres mujeres dejaron de hablar.

—Señorita Susana, debe ser el capitán Brown. Ya está en la entrada.

Bajó Patty para abrir la puerta y Phoebe siguió a poca distancia.

—Señor Brown, buenas noches —dijo Patty.

—Debo irme en seguida porque...

La presencia de la jovencita con el traje blanco sorprendió al doctor.

—Perdón, señorita, pensé que encontraría aquí a la señorita Susana o a la señorita Phoebe.

—Es la sobrina de las señoritas

—informó Patty—. ¡Es muy jovencita!

—Patty, he traído esto para el dolor de cabeza de la señorita Phoebe. Debe tomarlo en seguida.

Llegó el momento de intervenir y Phoebe dió órdenes.

—Patty, llévaselo a tía Phoebe en seguida.

—Muy bien, señorita.

El capitán Brown observó a la joven y dijo:

—Permítame que me presente, señorita...

—Loebe.

—Soy el capitán Brown, un viejo amigo de sus tías.

—¡Oh! He oído hablar mucho del impetuoso señor Brown, pero

no le habría reconocido —dijo Phoebe con aires de coqueta.

—¿No, señorita? ¿Por qué?

—Porque no me parece tan impetuoso.

—Pues yo la habría reconocido al instante. Tiene usted el aire de familia.

—¡Un aire de familia! Me parezco a tía Phoebe, todos me lo dicen y no lo considero una galantería.

—La hubiera sido en otros tiempos. Señorita Loebe, ¿va usted al baile?

—No señor, no estoy invitada.

—Yo tengo dos invitaciones, eran para sus tías y si la señorita Phoebe tiene jaqueca, la puede acompañar su tía Susana.

—¡Oh! ¿Cree usted que encontraré algún joven que quiera ser mi pareja?

—Yo creo que sí.

—Tengo tantos deseos de bailar, de divertirme; pero no me atrevo a ir, no me atrevo.

—Señorita Loebe...

Susana se presentó en el salón y el capitán se dirigió a ella.

—Señorita Susana, he tenido que presentarme a su encantadora sobrina.

—Sí, tía Susana, no te enfadarás con tu sobrina Loebe, tu Loebe, tía. Este caballero dice

que es el impetuoso señor Brown y tiene invitaciones para el baile. Si no vamos se perderán esas invitaciones y me gustaría tanto divertirme.

Susana estaba más que asustada, y en voz baja, exclamó:

—¡Phoebe!

—Tía Phoebe quiere que vaya; ella quiere que me divierta.

—Señorita Susana, yo procuraré que su sobrina pase una velada agradable.

—Díce que me presentará a caballeros simpáticos que bailarán conmigo.

—No, señorita. Yo seré su pareja.

—Fíjate, tía Susana, todavía baila el capitán.

El doctor miró sorprendido a la muchacha.

—¿Todavía, señorita?

—Perdóneme, no pude evitar el darme cuenta de...

—¿De qué, señorita?

—De sus canas.

Se acercó el capitán al espejo y pudo ver perfectamente de que aquellos diez años habían plateado sus sienes.

—¡Vamos, tía Susana! —insistió Phoebe.

—Pero hijita, no podemos ir.

—Es verdad, no podemos ir. No puede ser.

—¿No, señorita?

La mirada del capitán Brown era muy expresiva y Phoebe y Susana se dieron por vencidas.

—¿Dónde está mi abrigo?

Las señoritas se retiraron para buscar sus capas y el capitán quedó solo por unos instantes en el salón. Un rumor de pasos le hizo volver la cabeza y oyó las siguientes palabras:

—No deben alarmarse, somos visita de la casa.

La que hablaba era Henrietta, una de las chismosas amigas de las Throssel, acompañada de las dos hermanas Willoughby.

—Mary, estoy segura de que es el capitán Brown—dijo Fanny.

El capitán dió media vuelta y se encontró con las tres solteras, mucho más ridículas que diez años atrás.

—¿Cómo están, señoritas?

—¡Bienvenido, capitán! —dijo Henrietta.

—Es un placer volver a verle por aquí—dijo Mary—. ¿Ha visto a Phoebe?

—He tenido este honor; pero siento decirles que se halla en cama con dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza?—interrogó Henrietta.

—Probablemente, dolor de co-

razón—insinuó la maliciosa y chismosa Mary.

No le interesaba al capitán el giro que había tomado la conversación y procuró distraerlas.

—¿No van al baile esta noche?

—Nunca asistimos a estas fiestas—repuso Fanny.

—Lo más probable es que pasemos aquí la velada con Susana.

—La señorita Susana irá al baile conmigo—informó el capitán.

En los semblantes de las tres chismosas se retrató la incredulidad y el asombro.

—No se sorprendan. Acompañará a la señorita Loebe.

—¿La señorita Loebe?—preguntó Mary.

—Sí, su encantadora sobrina.

—¿Sobrina?—dijo Fanny—. No nos han dicho que tuvieran forasteros.

Susana, arreglada y dispuesta a marchar, se presentó en el salón.

—Vamos al baile—anunció Susana tímidamente.

—Ya lo veo—exclamó Mary—. No recuerdo, Susana, que tu hermano tuviera una hija. Siempre creí que eran tres niños.

—Tres niños y una niña. ¡Claro que recordáis a la pequeña Loebe!—dijo Susana.

—No, no la recuerdo —insistió Mary con su peculiar impertinencia.

—Debemos irnos.

—¡Aquí está la señorita Loebe! —dijo Brown satisfecho al ver entrar a la linda joven.

—Les presento mi sobrinita, la señorita Mary Willoughby, la señorita Henrietta y la señorita Fanny Willoughby.

Mary tenía que decir alguna otra impertinencia antes de marcharse, y dirigiéndose a Phoebe le preguntó:

—Tres hijos y una hija. ¿Puedo preguntarle, señorita Loebe, cuántos hermanos tiene?

Ignorando Phoebe lo que se había hablado anteriormente, contestó muy resuelta.

—¡Dos!

—Mary dió una mirada de triunfo a sus amigas.

—¡Es lo que pensaba! ¡Ya lo sabía!

Su tono hizo sospechar algo a Phoebe, quien cambiando una mirada rápida con Susana intentó arreglar la plancha que se había tirado.

—Dos, excluyendo al infeliz Tomás. Nunca hablamos de él.

Fué hábil la explicación y antes de que Mary saliera con otra pregunta, el capitán las interrumpió.

—Señoritas, perdonen mi impaciencia, debemos marcharnos, y sin aguardar más, los tres salieron de la casa.

Las tres chismosas les siguieron y Mary, continuando el hilo de sus maquinaciones, preguntó a las otras dos:

—¿Qué habrá hecho el infeliz Tomás?

UN BAILE DE GALA

TODOS los oficiales que habían regresado de la guerra, vestidos con uniforme de gala y luciendo en el pecho las condecoraciones que les habían concedido por sus heroicidades, estaban presentes en aquel festival que sería la comidilla del pueblo durante meses y meses después de haberlo celebrado.

Las dos hermanas Throssel, acompañadas del capitán Brown, llegaron al baile, y el pánico no abandonaba a Susana, temerosa de que alguien descubriera el engaño que intentaba llevar a cabo Phoebe.

—¡Hermanita! Allí está el alférez Blade... estoy temblando.

Será mejor que nos marchemos en seguida.

—No, sería peor —dijo Phoebe con mucha serenidad.

El alférez que habían visto, se acercó a Susana.

—Señorita Susana, considéreme como su más humilde servidor.

—¿Es usted el señor Blade? —preguntó la señorita Phoebe inocentemente.

—No esperaba hallarlas en el baile —dijo el joven.

—Tampoco yo pensaba venir —dijo Susana con franqueza.

—No veo a la señorita Phoebe —dijo Blade.

—¿No la ve usted?

O L I V I A



Katharine Hepburn en la protagonista de OLIVIA.



—Me es imposible, no me obligue a ello.



—Me harás feliz si lo aceptas. Jamás podré llevarlo yo!



—Siempre he comparado a usted con este precioso jardín.

—Aunque hace poco nos vimos, insisto en estrechar de nuevo su mano.



—¡Patty! — exclamó el doctor.



—He tenido que presentarme a su encantadora sobrina.



—¿Va usted al baile, señorita?

—Buenos días, querida.
¿Has dormido?



Phoebe asistió a la fiesta vestida con extraordinaria elegancia.



—No debemos hablar para no molestarla. Creo que será mejor que se vayan.



—Me tiene usted a sus órdenes.

—¡Patty! ¿De qué burla he sido objeto?



El sargento sostenía
aquel bulto, que en reali-
dad no sabía lo que era.



—Sé lo que es amor
porque estoy enamorado,
Loebe.

—Tía, ¿por qué no me presentas a tu antiguo alumno?

—Mi sobrina Olivia Throssel, el alférez Blade.

Junto a Blade había otro joven oficial que al darse cuenta de la bella joven se acercó.

—Soy el teniente Spicer, y éste mi amigo teniente Grey.

El éxito de Phoebe era indiscutible.

—¿Me concede el honor de bailar conmigo, señorita? —preguntó Blade.

—Tía, me encantaría bailar con un alférez.

—¿No le gustaría más bailar con un teniente? —interrogó Spicer.

—¿Por qué no va a conversar con sus amigos? —dijo Phoebe riendo mientras se alejaba para bailar con el joven Blade.

El baile no fué la única fiesta a que asistiera Phoebe bajo su juvenil aspecto y no hubo reunión en el pueblo a la que no fuera invitada y escoltada por el apuesto capitán Brown.

La presencia de la joven sobrina de las Throssel eclipsaba un poco a la coqueta Charlotte Parrat, a quien tanta antipatía profesaba Phoebe.

* * *

En una fiesta que se celebró en los jardines de una gran finca asistió Phoebe vestida con extraordinaria elegancia. El alférez Blade era su acompañante y con ellos iba el teniente Spicer y Charlotte Parrat.

—Es usted una gran jugadora —decía Spicer.

—¿Es cierto, señor Blade? —preguntó Charlotte dirigiéndose al compañero de Phoebe en busca de halago.

—Cierto, señorita —se limitó a contestar el alférez.

Se nubló el cielo y empezó a llover copiosamente. Los cuatro jóvenes se refugiaron en un pabellón del jardín y allí acudió Brown en busca de Phoebe.

Brow observaba complacido a la joven.

—Es usted muy bonita... tiene usted a todo el mundo admirado. Supongo que la divierte ver cómo todos se inclinan ante usted. Pero ya sé que no es usted coqueta, se que tiene buen corazón.

—Gracias, capitán. Es posible que se equivoque.

—¿Juega con los sentimientos de los hombres? ¿No le preocupan?

—¿Por qué he de preocuparme de ellos?

—Yo le diré el por qué.

—Debo regresar a casa.

—¿Lloviendo?

—Sí, sí ahora recuerdo que mi tía sigue enferma.

—¿Enferma todavía? Tenía entendido que ya estaba bien.

—No lo crea, está peor.

—Pero no estará tan enferma como para que usted se arriesgue a salir mientras llueva así.

—Sí, sí, debo marcharme, está muy enferma.

—¡Dios mío! Entonces lo que necesita es un médico. Iré en seguida.

—¡No! ¡Por favor, no vaya!

—Usted quédese aquí y yo me voy a ver a su tía.

Sin aguardar a que replicara, el capitán Brown dejó a Phoebe y se dirigió a casa de las hermanas Throssel. No convenía de ninguna manera que el doctor llegara a la casa antes que ella y en cuanto le vió desaparecer Phoebe salió disparada y cogiendo el camino más corto logró ganar terreno, pudiendo entrar por la puerta del jardín sin que la vieran Mary, Fanny y Henrietta que estaban apurando la paciencia de Susana a fuerza de preguntas impertinentes.

—Suponemos que su encantadora sobrina se divierte mucho —insinuó Fanny.

—Sí, sí y siento mucho que no la encuentren en casa —dijo Susana.

—Me gustaría ser tan alegre como la señorita Loebe, la incomparable señorita Loebe —dijo Henrietta.

—La invisible señorita Loebe agregó Mary—, nunca está en casa. Esperemos que la próxima vez que vengamos la encontremos.

Por fin se despidieron las tres inquisidoras, y Susana corrió hacia la habitación de su hermana, donde no esperaba hallarla todavía. Al encontrarla pensó aprovechar la indignación que sentía en aquel momento, producida por las preguntas de las amigas, para pedir a Phoebe que acabara con aquella farsa.

—¡Esto es demasiado para mí, Phoebe! ¡Estoy segura de que sospechan algo!

—Ven, ayúdame. El llegará de un momento a otro.

—Phoebe, hazlo por mí, o me volveré loca. Manda a Loebe a su casa.

—¡Aprisa, Susana, aprisa!

—Te ayudaré, pero prométeme que esto se acabará pronto!

—Te lo prometo.

Rápidamente se introdujo Phoebe en la cama provista de la odiosa cofia y de nuevo adquirió el aire de solterona que tanto había chocado al capitán Brown al regresar de la guerra.

Una llamada con el bastón advirtió a las dos hermanas que Brown ya había llegado. Patty corrió a abrir la puerta.

—Buenas tarde, capitán. Están arriba; señorita Phoebe, señorita Susana, es el capitán Brown.

Susana temblaba como una hoja.

—¡Ya está aquí! ¡Apresúrate, Susana!

—¡Dios mío! ¡Qué horror! Si se da cuenta del engaño, no me atreveré a seguir dando clases.

—No te preocupes por esto— dijo Phoebe que al fin se encontraba bien situada en su cama procurando aparentar cierta gravedad.

No tuvo Susana más remedio que seguir la comedia, y luego que hubo salido a recibir al doctor penetró con él en la habitación.

—El capitán Brown viene a verte, querida Phoebe.

—Siento mucho no hallarla mejor. ¿Tiene dolor de cabeza?

—No.

—¿Está resfriada?

—No.

—¿Qué cree entonces que puede ser la causa de su enfermedad?

—¿La fiebre, un resfriado, su sobrina Loebe? —insinuó Susana.

—Loebe es una gran preocupación para mí —dijo Phoebe—. Se ha adueñado de mi corazón.

—No solamente del suyo, señorita, dijo Brown.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la enferma.

—No tiene importancia. En seguida le mandaré a usted un tónico. ¿Querrá disculparme ante la señorita Loebe por haberla dejado sola esta tarde?

—Si lo que nos ha contado es verdad, creo que estará bien atendida. Puede prescindir de usted, capitán.

—¡Cierto!

—¡Cómo la adoran todos! —dijo Phoebe.

—Temo que así es —dijo el capitán con amargura.

—¿Opina usted acaso que tal vez... es demasiado coqueta?

—¡Es muy joven!

—Tiene usted razón, capitán, muy joven mi sobrinita.

—Y a pesar de todas sus coqueterías, me encantará acompañarla de nuevo al baile.

—Loebe no asistirá al baile —

interrumpió Susana con semblante severo dirigiéndose a su hermana.

—Ignoraba que hubiesen variado de parecer.

—Sí que iré, Susana —insistió Phoebe—, especialmente si la acompaña el capitán Brown.

—Muy agradecido, señorita Phoebe, y espero que al regresar la encuentre mucho mejor.

Salió el doctor de la habitación y al quedar solas las dos hermanas, Phoebe exclamó:

—¡ Ah, capitán Brown! ¿Cómo has sido capaz de eso!

—¡ Phoebe! ¡ Podría oírte desde la calle!

—¡ Poco me importa! La paciente Phoebe que se porta como una dama, es portergada por una locuela, por esa horrible coqueta,

odiosa muñeca sin corazón que se llama Loebe y que le deslumbra. Sólo ve su juventud y sus encantos.

—¡ Phoebe, me prometiste que no irías a ese baile!

—Loebe debe ir al baile, Susana. Durante toda la semana he leído en sus ojos que tenía deseos de declararse, y esta noche quiero que lo haga y cuando me diga: —Adorable señorita Loebe, ¿quiere usted ser mi esposa? le contestaré: —No, capitán Brown, qué ridículo es usted, no comprende que es demasiado viejo para mí.

—Phoebe, ¿cómo podrás ser tan cruel?

—¿No lo ha sido él conmigo? Susana, ya te dije un día que soy una rebelde y no quiero aceptar más humillaciones.

LAS CHISMOSAS AMIGAS

PATTY estaba detrás de las las cortinillas del saloncito viendo como se dirigían al baile casi todas las señoras y señoritas de la calle, cuando aparecieron las hermanas Willoughby y Henrietta dispuestas también a ir al sarao.

—¿Estoy bien? —preguntó Henrietta.

—Tienes que ser más juiciosa y no pensar tanto en los hombres, Henrietta. Os llevo al baile —agregó Mary— sólo para cumplir con un deber.

—Sí, un deber para con los vecinos de la calle de Calidad —dijo Fanny.

—Tal vez si observamos de cerca a la alegre señorita Loebe

hoy podremos descubrir el misterio —comentó Mary.

—¡Qué escándalo! —agregó Fanny—. ¿Nos atreveremos a interrogarla?

—¡No faltaba más! —puntualizó Mary.

Y las tres marcharon hacia los jardines donde se celebraba el baile.

La criada de las Throssel no había perdido una sola palabra de tan interesante conversación, y bendecía a quien inventó las ventanas y las cortinillas, que permitían ver y oír sin ser visto.

Sin perder un instante, Patty se fué a la calle para avisar a sus señoritas del peligro que las amenazaba. Ella estaba segura de lle-

gar antes y así haría fracasar los planes de la invidiosa Mary.

La fiesta estaba muy animada. Algunas jóvenes parejas se habían situado en las terrazas del jardín, desde donde se oía el lejano rumor de la música que venía del salón donde bailaban.

Phoebe se hallaba en una terraza, escoltada por el alférez Blade.

—Señorita Loebe: la noche es preciosa, brilla la luna como en los cuentos de hadas. ¿Quiere que paseemos un rato para contemplarla?

Spicer interrumpió el idilio que se iniciaba.

—Señor Blade, si no me equivoco; el honor del próximo baile me lo había concedido a mí.

—Lo siento mucho, señor Spicer, pero tengo grandes deseos de contemplar la luna —contestó la coqueta Loebe.

—Será un placer para mí contemplarla con usted —dijo el capitán Brown, que en aquel momento acababa de llegar.

—¿Señor! Esto es insoportable —gruñó Blade.

—¿Puedo preguntarle, señorita Loebe, si el capitán Brown es su tutor? —preguntó Spicer.

—¿Acaso le teme usted, señorita? —agregó Blade.

—No deben hacerme estas preguntas —dijo la joven.

—¿Con qué derecho nos priva de hablar con Loebe, capitán? preguntó Blade, muy serio.

—Con el que voy a exponer a la señorita Loebe... tan pronto como quedemos solos.

Patty había llegado al lugar de la fiesta, y con el primero que tropezó fué con el sargento, a quien no había visto desde que marchara a la guerra.

—¿El cielo me valga! ¿No eres el sargento que reclutaba voluntarios?

—¿El cielo me proteja! ¿No eres...? No me lo digas, no me lo digas, deja que recuerde tu nombre. Sé que empieza con una P.

—¿Conoces a la señorita Phoebe?

—¿Phoebe! ¡Eso es! ¡Phoebe! ¡Hola! «Comment ça va, ma petite?» —dijo el sargento en francés, para demostrar que no había perdido el tiempo del todo en Francia.

—No soy la señorita Phoebe. Busco a la señorita, mi señorita.

—Pues escucha, «me petite», no puedes entrar allí.

—Pues entonces entra tú y dile a la señorita Phoebe que las Villoughby se dirigen hacia aquí. Vienen a ver y a examinar a la

señorita Loebe, y será mejor que se marche en seguida.

—¿Quién? ¿La señorita Loebe?

—No, la señorita Phoebe. La señorita Loebe no existe.

—Pero, ¿no acabas de decirme que vienen a ver a la señorita Loebe?

—Eso creen ellas. La señorita Loebe no existe; es Phoebe.

—¡Qué tontería! ¿Cómo puedes decir esto? ¡Como si yo no la hubiera visto... y admirado!

—Para ellas es la señorita Loebe.

—¿Quién? —preguntó el sargento, ya medio loco.

—La señorita Phoebe. ¡Ah! ¡Ya están aquí! —exclamó Patty. ¡Vamos!

El corazón del sargento se había ablandado recordando los buenos desayunos que le había servido Patty en la cocina de sus señoritas y la dejó pasar a la terraza.

—¡Patty! —exclamó Susana, sorprendida al verla allí.

—Las Willoughby vienen hacia aquí.

—¿Las Willoughby? —repitió Susana, como si hubiese oído mentar al diablo.

—Sí, señorita.

—Vienen a ver a la señorita Loebe —aclaró el sargento.

El alférez Blade se acercó al grupo.

—Señorita Susana, ¿cómo está usted?

—Señor Blade, estoy a punto de desmayarme; será el cansancio. ¿Podría traerme un poco de ponche?

—¡No faltaba más! —repuso el alférez, quien salió disparado en busca de lo pedido para complacer a la tía de la bella Loebe.

El capitán Brown y Phoebe habían quedado solos en la terraza y de momento ni uno ni otro se atrevía a hablar. Fué el capitán quien al fin, mirando a la joven, cara a cara, dijo:

—Señorita Loebe, deseo hablarle.

—Diga, ¿de qué se trata?

Cuando Phoebe tenía la declaración por segura, apareció Susana con cara de espanto.

—Al fin te encontré, Loebe. Estoy malísima; voy a desmayarme, capitán Brown. ¿Podrías traerme un poco de ponche?

—Inmediatamente —contestó el doctor, y dejó solas a las dos hermanas.

—¡Susana! Has venido a interrumpirnos en el precioso instante en que iba a declararse.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! —dijo Susana, sin preocuparse de la declaración que pudo haber hecho el capitán.

—¿Quiénes?

—Las Willoughby y Henrietta.

—¡Diga mío! —exclamó Phoebe, olvidando también al capitán Brown—. ¿Qué podemos hacer?

—Debemos irnos en seguida. ¿Dónde está tu capa?

—En el vestíbulo.

Cuando Mary Willoughby, Henrietta y Fanny llegaron a la terraza, las Throssel habían desaparecido.

—¡Habrán vuelto al salón! —dijo Mary, contrariada.

Escrutando todos los rincones del parque y la terraza, Mary vió por fin su presa.

—¡Allí están! —exclamó Henrietta al divisarlas.

—¿Estás segura? —preguntó Mary, a quien casi le parecía imposible poder sitiar a Loebe.

—Segura, Mary —dijo Fanny—. Es Loebe. Lleva la misma capa y sombrero que llevó en el primer baile.

El capitán Brow se acercó a Susana ofreciéndole un vaso de ponche.

—¡Qué galante es el capitán! —observó Henrietta—. ¿Nos atrevemos a interrumpirles?

—Desde luego —dijo Mary, resuelta—. Creo que conozco lo suficiente a Phoebe para permitirme esa libertad.

Con paso firme y resuelto, Mary y sus ayudantes de campo se dirigieron hacia donde estaban las Throssel.

—¡Phoebe! —dijo Mary con toda malicia.

—Diga, Mary. ¿Cómo está? —replicó Phoebe sin inmutarse.

El capitán, ocupado en atender a Susana, no se fijó en lo que hablaban las recién llegadas.

—Otro ponche, por favor, capitán Brown —dijo Susana.

—En seguida voy por ello —contestó, y se alejó.

El alférez Blade llegó con otro vaso de ponche.

—Señorita Susana, el ponche.

—Gracias.

—Tráigame otro a mí —suplicó Phoebe.

Cuando los dos militares se hubieron alejado, Mary volvió a la carga.

—¿Es usted la señorita Phoebe? —preguntó Mary.

—Sí, Mary; soy Phoebe.

—¡Sorprendente! —exclamó Fanny.

—Phoebe, nos hemos portado mal con usted —dijo Mary.

—No pensamos encontrarla junto a Susana —dijo Fanny.

—Estábamos convencidas de que Loebe no existía —insistió Mary.

—Creíamos que se trataba de usted, Phoebe —informó Fanny.

—Pero, Mary, Henrietta... ustedes pensaron que yo...

—Está muy mal hecho, ya lo sé; pero creíamos que usted y la señorita Loebe eran la misma persona —observó Mary.

—¿Cómo pudieron pensar semejante cosa? —dijo Phoebe.

—Perdónenos, querida Phoebe —exclamó Henrietta, compungida.

—No pudimos evitar la sospecha; perdónenos —suplicó Fanny.

—Pero, Phoebe, está usted muy bonita. ¿Tiene algún admirador? —preguntó Mary.

—¡Ojalá! Sólo piensan en Loebe.

—¿Y el capitán Brown? —insinuó Henrietta.

—¡Está loco por ella! —repuso Phoebe.

Brown se acercó de nuevo con un vaso de ponche.

—Capitán —dijo Henrietta—, ¿ha dejado usted a la señorita Loebe?

Ajeno a la conversación y a

las maquinaciones de las tres chismosas, contestó:

—Sí, pero nunca tardo en volver a su lado.

—Creo que comete usted un error. Si yo tuviera que elegir entre tía y sobrina, sin duda me decidiría por la señorita Phoebe —dijo Mary con su habitual impertinencia.

—Me deja usted desconcertada —observó Phoebe.

—Y a mí también, señorita. Tengo algo muy importante que decir a la señorita Loebe —dijo el capitán.

—En este caso no queremos detenerle ni un momento más —dijo Mary.

—Gracias, Buenas noches —dijo Brown, sin darle tiempo a que continuaran más allí.

—Buenas noches, Mary. Buenas noches, Fanny —dijo Susana.

—Buenas noches, Mary —murmuró Phoebe casi sin aliento.

—Susana, mañana pasaremos a visitarlas para conocer mejor a la señorita Loebe.

En silencio, Brown, Susana y Phoebe observaron cómo se alejaban las tres comadres, más perplejas, envidiosas y perversas que cuando habían llegado al baile. No estaban convencidas

del todo, pero se habían mucho más que dos días atrás.

—Tía —dijo Phoebe—, ¿recuerdas que el capitán Brown indicó que tenía algo muy importante que decirme?

—Es cierto —contestó Susana—. Perdonen.

La pobre Susana dejó a su hermana con Brown, dudando mucho de que pudiera salir nada bueno de tanto engaño y farsa; Pero Phoebe la había mezclado en el asunto y no tenía más remedio que continuar en él.

—Capitán Brown —dijo Phoebe, sonriendo—, ¿podremos hablar ahora?

—Sí, señorita Loebe. No hay duda de que usted es algo coqueta y deseo preguntarle si no se le ha ocurrido nunca que con su proceder puede herir ciertos sentimientos.

Phoebe miró al capitán con ojos pícaros. Sonrió ligeramente.

—¿Sí? ¿Los sentimientos de quién?

Brown se puso muy serio.

—Los hombres que son como Blade y yo no sufrimos por coquetas como usted, pero existen otros que podrían sufrir.

La joven jugaba con los adornos de su vestido y miraba al capitán de reojo.

—Tal vez me guste verles sufrir un poco.

—Es una lástima que se comporte usted así. Hablo como hablaría el hombre que desearía verla casada.

—¿Se puede saber quién es ese hombre feliz?

Phoebe seguía la conversación medio en broma mientras que el capitán estaba cada vez más serio.

—No tengo idea de quién será, pero creo que usted debería ser un poco más reservada.

La conversación tomaba un derrotero inesperado. Phoebe se puso seria a pesar suyo. El capitán insistió en el plan que se había trazado:

—Algún día, señorita Loebe, se presentará el que tenga que ser su marido... y entonces, ¿cómo justificará usted su actual conducta? Es posible que él se avergüence; pero usted estará todavía más avergonzada que él.

—Me pareció que le comprendo.

—Lo comprenderá mejor cuando sepa lo que es el verdadero amor, cosa que ahora ignora.

La joven se sintió herida.

—¡Amor! ¿Qué sabe usted lo que es amor? —exclamó Phoebe

en un tono que sorprendió al capitán.

—Sé lo que es amor porque estoy enamorado. Loebe.

—Pues desee que sea muy feliz —dijo Phoebe, poniéndose a andar.

—No se marche. Loebe; quiero decirle que sé lo que es amor porque amo a una señorita que en un tiempo se pareció mucho a usted.

La mirada de Phoebe se fijó en la de Brown y preguntó en voz baja:

—No será... mi...

—Sí, Loebe, sí. Estoy enamorado de su tía Phoebe.

—¿Usted está enamorado de mi tía Phoebe? ¿De la fatigada y poco atractiva tía mía?

—Y que en un tiempo fué mucho más atractiva que usted. Su parecido físico me hizo pensar en ella; pero al tratarla me he convencido de que son ustedes muy distintas, y cuando más la trato y le hablo, más me convengo de ello.

El capitán Brown hablaba con una sinceridad que conmovió a Phoebe, pero era indispensable seguir adelante y escuchar todo lo que tenía que decir.

—Recuerdo que cierta vez, antes de marchar yo a la guerra,

sentados en un banco del viejo y delicioso jardín de sus tías, la comparé a las flores y a los árboles que nos rodeaban. ¡Cuántas veces me ha venido a la imaginación aquel momento! Su tía Phoebe me miraba, pendiente de mis palabras. Estaba hermosa, yo estaba ciego. Ella esperaba algo que yo no dije entonces. ¿Cree usted que ahora puedo tener alguna esperanza?

Nunca pensó Phoebe que su engaño la llevara a tener que escuchar aquella apasionada declaración.

—Sé que mi tía Phoebe amó mucho a un hombre... hace de eso muchos años... y él no la quería.

—Debería ser un tonto.

—Era usted, capitán Brown. Usted la besó un día. Estaba lloviendo y mi tía tenía la cara encendida... le dijo usted que estaba hermosa y la besó.

—No lo he olvidado.

—¡Yo me río de todo esto! ¡Piense que tía Phoebe ha pensado en ello toda su vida!

—¡Loebe! ¿Cómo puede hablar así?

—¿De mi tía? La odio y la desprecio... si usted supiera cómo realmente es.

—¡ Es muy distinta de usted !

—Ya pasó todo aquel idilio—
dijo Phoebe burlándose del capitán.

—¡ Cállese, se lo suplico !

—El recuerdo que guarda de usted es como una cosa muerta. Es como si una figurilla de porcelana se hubiese hecho añicos.

—¿ Qué quiere decir con esto ?

—Prefiero no decirlo, es demasiado horrible.

—La que es demasiado horrible es usted, Loebe.

—Sí, esto es ; tiene razón.

Susana, que había estado ausente lo que ella consideraba un buen rato, apareció de nuevo y oyó las últimas palabras que ha-

bían pronunciado Phoebe y el capitán.

—¿ Qué es lo que es demasiado horrible ? —preguntó la solterona con su voz suave.

—Las cosas que dice su sobrina y espero no tener que volver a dirigirle la palabra. Las dejo a ustedes.

Marchó Brown dejando perplejas a las dos hermanas y Susana siguiendo la farsa dijo :

—Hijita mía, que cosas más desagradables acaba de decirte.

—No, Susana, no son horribles. ¡ Son preciosas ! He descubierto que todavía está enamorado de Phoebe. Me lo ha dicho. No le interesa Loebe. ¡ Me quiere a mí, Susana, a mí !

AL DIA SIGUIENTE DE LA FIESTA

El encuentro de Patty con el sargento tuvo felices consecuencias, ya que el veterano militar decidió reanudar sus visitas a la cocina de las Throssel, donde siempre era bien recibido por Patty y se le obsequiaba con algún requisito culinario.

Al día siguiente del baile en que Phoebe había descubierto que el capitán todavía la quería y las Willoughby casi habían averiguado que Phoebe y Loeb eran la misma, el sargento, algo más canoso y vestido de paisano, rindió visita a Patty mientras ésta preparaba el desayuno de sus señoritas.

El sargento se pasaba con to-

da naturalidad por aquella cocina que ya había pisado diez años antes, y no se privaba de entonar una alusiva canción a los guisos de su adorada Patty.

*Mi bello jardín cuajado de rosas,
pero su fragancia no podía com-
pararse
al olor de un succulento asado...*

Patty sonrió complacida.

—Es algo prosaico —dijo el sargento—, pero es la verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Mira, la mejor manera de llegar al corazón de un hombre es halagando su estómago, pero yo opino que para llegar al estómago de un hombre...

El sargento intentó coger un trozo de jamón que Patty había colocado en una bandeja donde ya había otros manjares.

—Esto no es para ti. Es para las señoritas Susana y Phoebe.

—¿No me dijiste que la señorita Phoebe no existía?

—Una vez para siempre y a ver si lo entiendes: la que no existe es la señorita Loebe.

Susana estaba en el saloncito de su casa esperando a Phoebe para desayunar. Cuando la menor salió de su habitación vestía nuevamente el traje oscuro y la cofia blanca que usaba para dar clase a los chiquillos. Susana la interrogó con los ojos y luego habló.

—Buenos días, querida hermana. ¿No has dormido?

—¡No!

—No tengas remordimientos. ¿Vas a pasar toda la vida llorando?

—Después de lo que él me dijo anoche, ¿qué puedo hacer?

—Debes librarte de Loebe. Cuando vengan las Willoughby, que temo no tardarán, les diré que la hemos mandado a su casa.

—Sí, será mejor que hagamos esto.

No habían tenido tiempo de

ponerse de acuerdo cuando se presentó Mary Willoughby.

—Buenos días. Perdonarán que haya venido tan temprano, pero como que la señorita Loebe casi siempre está fuera de casa, he venido a verla esta mañana antes de que salga.

—Pues la pobrecita Loebe está indispuesta —dijo Susana con aplomo.

—Sí —confirmó Phoebe.

—¡Qué enfermedad tan repentina! —exclamó Mary.

—Sí, ha sido una cosa rápida e inesperada —continuó Phoebe.

—No ha dormido en toda la noche, tiritando de fiebre —explicó Susana hecha una maestra en el arte de mentir.

—¡Ah, sí!

—Fué el ajeteo del haile —dijo Susana.

—¿Puedo entrar a verla? —pidió Mary.

—No lo creo oportuno —contestó Susana.

—Loebe se habrá dormido ahora —explicó Phoebe.

Patty apareció con una bandeja y se hizo cargo de la situación instantáneamente. Cruzando el salón, penetró en una habitación contigua y dijo:

—Esto es para la señorita Loebe.

—¿Duermes, hijita? —preguntó Susana colocándose al lado de la criada.

—Ya entraré yo el desayuno a la señorita Loebe —dijo Patty—, el de ustedes se está enfriando.

Aquellos movimientos no convencieron a Mary, y decidió marcharse.

—Buenos días. Estaré todo el día en casa. Sírvanse avisarme cuando la sobrinita de ustedes haya desayunado lo suficiente para recibirme. Buenos días.

Libres ya de las miradas de aquella mujer, las dos hermanas quedaron más aliviadas, pero ambas comprendieron que aquella situación no podía prolongarse por más tiempo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Susana.

—Esas chismosas no dejarán que Loebe desaparezca —replicó Phoebe.

—Ellas creen que Loebe en realidad existe.

—No lo creo; Susana, temo que nos hemos puesto en ridículo.

—Phoebe, si el capitán se te declara, ¿por qué no le aceptas y te casas con él? Le haremos creer que Loebe ha marchado a su casa y nunca sabrá la verdad.

—Susana, me sorprende que

me hables así. La mujer que se casa sin confesarlo todo a su marido, jamás puede mirarle cara a cara. Yo no podría obstar en semejante forma.

Se oyó que llamaban a la puerta de la calle con el bastón.

—Patty —exclamó Phoebe—, si es el capitán Brown, dile que he salido, y la joven se dirigió rápidamente al jardín.

La criada fué a abrir la puerta muy decidida. Se le había ocurrido una buena idea.

—Buenos días Patty —dijo el capitán—. ¿Está en casa la señorita Phoebe?

—No, señor; ha salido... al jardín.

No necesitó Brown más información y cruzando el saloncito salió al jardín en busca de la señorita Phoebe.

—Señorita...

—¿Qué desea, capitán?

—Supongo que no me teme.

—No, no. ¿Por qué he de temerle? —dijo la joven fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Por nada que yo sepa. Phoebe, usted le dijo a su sobrina que me había querido. Supo ocultármelo muy bien.

—Una mujer no debe decirlo

nunca. Usted marchaba a luchar en la guerra y yo me quedé aquí luchando también una pequeña contienda. Las mujeres también tenemos una bandera por la que luchar... y las solteras, igual que todas las demás. Yo procuraré no rendirme.

—No le pido su amor, Phoebe, pero sí le pido que crea en el mío. Permítame que me cuide de usted.

—¡No puede ser!

—Ya que no por su bien, hágalo por el mío. Dicen que una mujer nunca llega a olvidar al hombre a quien ha querido de veras... ¡Hágalo por mí, Phoebe, porque yo siempre la he querido!

—Por favor, no siga.

En el salón de las Throssel entraba otra visita. Era Henrietta.

—¡Hola Patty! ¿Está aquí la señorita Mary?

—Han transcurrido quince minutos desde su última visita —informó la criada.

El capitán había dejado a la señorita Phoebe en el jardín y decidía marcharse, cuando al cruzar el salón encontró allí a Henrietta y a Fanny que acababan de llegar.

—¿Cómo está usted, señor Brown? —preguntó Henrietta.

—¿Cómo se encuentra hoy la señorita Loebe? —interrogó la señorita Fanny.

—No lo sé, no la he visto —contestó el doctor.

Phoebe entró por la puerta que daba al jardín.

—¿No? —exclamó Henrietta—. Phoebe, ¿no le parece que si está enferma su sobrina el doctor debe verla?

—¿Enferma, Loebe? —preguntó Brown—. Lo ignoraba, señoritas. No comprendo, supongo que podrán explicarse.

—Mis amigas creen, capitán, que yo oculto a mi sobrina a causa de la pasión que usted siente por ella.

—¿Mi pasión por Loebe? No puedo soportarla, ni ella a mí. Debo decirles que es ésta la mujer a quien amo, y al decir esto el doctor miró a Phoebe.

—¡A ella! —exclamó Fanny sorprendida.

—Sí, señoritas.

Las tres chismosas no salían de su asombro. La noticia era inesperada.

—¡Phoebe! ¡Me alegra que sea usted! —dijo Henrietta algo despechada.

—Le desco mucha felicidad... y a usted también —dijo Fanny.

Phoebe permaneció silenciosa, y en sus ojos asomaron las lágrimas.

—¿Qué ocurre? No lo comprendo —dijo Fanny.

—¿Acaso ese misterio de la sobrina es un obstáculo? —preguntó Henrietta.

—¿Loebe un obstáculo? —dijo Brown—. ¿Existe algún misterio acerca Loebe?

—Hay tanto misterio, que nosotros creíamos al principio que ella y Phoebe eran la misma persona —explicó Henrietta ansiosa de dar publicidad a sus pensamientos.

—Aun no le hemos visto el rostro —agregó Fanny.

—¿No? —dijo el médico.

Fanny se dirigió a la puerta de la habitación donde se suponía que descansaba Loebe.

—¿Cómo está usted, Loebe?

Patty le cerró el paso.

—No deben molestarla, está demasiado enferma para recibir visitas. Está muy mal —dijo la criada colocándose delante de la puerta.

—Entonces debe visitarla un médico, Patty —dijo Brown.

Mary llegó para completar el triunvirato chismoso del pueblo.

—¿Está muy enferma? —preguntó la última llegada.

—¿No podemos entrar a ver a la enferma?

El capitán tomó el asunto en sus manos. Entró en la habitación y salió al poco rato.

—No está despierta, y opino que está grave. No debemos hablar para no molestarla. Creo que será mejor que se vayan.

La invitación a partir que lanzaba el doctor Brown no era para no tomar en consideración y decidieron aprovecharla.

Mientras se despedían de Phoebe y el doctor, se oyó la voz de Susana que hablaba desde lo alto de la escalera.

—Patty, ¿ya se han ido?

No pasó desapercibida de Mary la pregunta, y dirigiéndose hacia donde se suponía que estaba la que había hablado, dijo:

—No, Susana, pero ya nos vamos.

Impertérritas las tres chismosas, resistiéndose a marcharse, pues deseaban aclarar y saber exactamente el pensamiento del señor Brown.

—Amiga Phoebe — insistió Henriette—, crea usted que me alegro infinito sea usted la prefe-

rada. Creo que Loebe se lleva un gran desengaño.

—¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque Loebe daba por descartado su noviazgo.

—Son ilusiones de la juventud

—dijo algo socarronamente el doctor Brown.

Aquella entrevista no podía ya alargarse por más tiempo, pues se hacía embarazosa para todos y así dieron por terminada la visita.

BASTA DE ENGANOS

EL capitán Brown esperó a que las insidiosas amigas hubieran desaparecido y que Patty hubiese cerrado bien la puerta tras ellas para hablar.

—Phoebe, deseo ver a su sobrina.

—¡Es imposible, doctor!

—¿Por qué es imposible? Acaban de decirme sus amigas que nadie la ha visto. Vaya en seguida a decirle que debo verla.

—¡Está bien!—contestó Phoebe y se encerró en la habitación donde se suponía que estaba.

Al marchar Phoebe, el capitán se bajó a la cocina donde entró precipitadamente sorprendiendo

al socarrón del sargento en el curso de un suculento desayuno.

—¡Patty! —llamó Brown.

El sargento se cuadró y saludó a su superior.

—¿Cómo está usted, señor?, no sabía que usted...

—Siga comiendo, sargento. Patty, ¿de qué burla he sido objeto?

—¿A usted, también? —exclamó el sargento—. Nunca creía que...

—Continúe, sargento —dijo Brown al ver que aquel hombre sabía algo. Explíquese.

—No sé a que se refiere —dijo Patty.

—Patty, sé que no existo la

señorita Loebe, y que la señorita Phoebe se hizo pasar por ella.

—¿Y si fuera verdad? —preguntó la criada.

—Quisiera saber por qué lo hizo.

Patty se puso en jarras. El gran momento había llegado para ella y no pensaba desaprovecharlo.

—¿Fué por culpa de usted!

—¿Por culpa mía?

—Sí, porque cuando usted regresó de la guerra, le pareció que ella había envejecido mucho.

—¿Sí?

—Usted no disimuló su desengaño, la hirió en lo más vivo de su ser, así es que todo fué culpa de usted y ya es hora de que lo sepa.

Ya había dicho Patty algo que hacía días le quemaba la lengua y el doctor había acudido precisamente a la cocina para oír su sentencia de boca de un fiscal que acusaba con saña.

—No dejaron de causar su efecto las palabras de Patty, y el doctor enfocó al cuestión desde otro punto de vista. En lugar de pedir explicaciones decidió dar consejos.

—Dígame, Patty, ¿por qué no dicen que la señorita Loebe se

ha ido a su casa y se ahorran así muchas preocupaciones.

—Las Willoughby vigilan la casa constantemente y dirían: No puede haberse marchado, porque no la hemos visto salir.

—¿Tiene razón, Patty!

Regresó el médico al salón y allí encontró a Susana que le esperaba.

—Loebe está mucho mejor y ha consentido en recibirle.

Efectivamente, tendida en un sofá, tapándose la cara con un pañuelito de encaje, estaba Phoebe bajo el aspecto de Loebe.

Vestía Phoebe un trajecito blanco con ramitos azules, y se había colocado unas flores en la cabeza. A pesar de todo se la veía un poco frágil. Eran muchas las emociones que había soportado en aquellos días.

Brown se sentó al otro extremo del sofá y acercándose a ella la miró fijamente. Phoebe se tapó la boca y dejó que sólo se le vieran los ojos. La actitud del doctor la tenía inquieta. Estaba segura de que ya lo sabía todo.

—¿Como está usted, Loebe? —preguntó el médico sonriendo. Me tiene usted aquí a sus órdenes.

—Gracias, ¿cómo sigue, doctor?

—¿No viene la señorita Phoebe? —preguntó Brown acentuando las palabras y mirando fijamente a la nueva paciente.

—Phoebe se ha quedado en la habitación para asearla —explicó Susana.

—Es muy natural —contestó el doctor.

—El capitán Brown sabrá excusarte. Phoebe —dijo Susana introduciendo la cabeza en aquella habitación que parecía estar poblada de fantasmas.

—Desde luego, señorita, no faltaría más.

Cogió el doctor la mano de la enferma y la pulsó.

—Permítame, señorita, Usted se restablecerá, estoy seguro de que puedo curarla, si se pone sin reservas en mis manos.

—Tengo la certeza de que usted la curará —dijo Susana entusiasmada.

—Es usted mi paciente...

—Sí.

—Señorita Loebe, debe usted ir al campo.

—¿Al campo?

—Sí, aire y sol es lo que le hace falta.

—¿Entonces he de pensar en abandonar a mis tías?

—No hay más remedio.

—Sí, será mejor que me marche de aquí.

—La vida en casa de sus señoras tías no le conviene, es demasiado monótona. Ahora que ya han terminado las fiestas que se han dado en honor de los militares que regresamos de la guerra, en este pueblo no hay nada que hacer y usted se moriría de hastío. Es usted una joven alegre que le gusta el bullicio y la animación, coquetear, verse halagada por unos y por otros. Aquí no sería usted feliz. ¿Me comprende?

—Se ha explicado usted con bastante claridad.

—No puede quejarse. Ha pasado entre nosotros los días más alegres que se han visto en este pueblo desde hace muchos años. Ha tomado parte en todas las fiestas. ¿Qué puede esperar ahora?

—¡Nada, capitán! Nunca he esperado nada y de usted, menos.

—No tengo interés en reanudar la conversación que sostuvimos en el pabellón del jardín ayer tarde. Señorita Loebe, tengo una agradable sorpresa para usted.

—¿Sí? ¿Se puede saber de lo que se trata?

—Se marchará usted hoy.

—¿Hoy? —exclamó asustada.

—Sí, hoy. Ahora mismo.

—Pero...

—No admito peros a mi tratamiento. Señorita Susana, hágame el favor de traerme la capa de su sobrina.

—Pero, es que...

—Recuerde que está usted en mis manos, Loebe.

—Por favor, doctor.

—No tema, le aseguro que no capta

le ocurrirá nada malo. ¡La Phoebe se sintió rebelde.

—No quiero irme.

—Es usted una paciente mucho más difícil de lo que me imaginaba. Señorita Susana, si no quiere usted traer la capa, se la pediré a la señorita Phoebe.

Al principio Phoebe había dominado la situación, pero ahora era evidente que quien movía el juego era Brown y éste iba a salir con la suya para vencer de una vez a la joven y acallar el cotilleo de las dichosas visitas de las chismosas Willoughby.

Brown penetró en la habitación donde no había nadie y salió con una capa y un original sombrero

cubierto con un velo que colgaba del ala y parecía una cortinilla dividida en dos.

—Creo que esto nos servirá —dijo Brown.

—Pero, Phoebe... —dijo Susana.

—No se preocupe por ella, está muy ocupada aireando la habitación que su sobrinita ha dejado vacante. Vuelvo en seguida.

El capitán se dirigió a la cocina donde todavía halló el sargento que terminaba el desayuno.

—Prepárese, sargento.

Se levantó el hombre y saludó.

—Patty, póngase el abrigo.

—Señor...

—Obedezcan mis órdenes.

—¿Ocurre algo? —preguntó Patty.

—Ya les contaré más tarde, ahora hagan cuanto yo les ordene.

—Señor...

—Ustedes dos...

—¿Nosotros dos?—dijo el sargento temiendo algo.

—He dicho que ustedes dos, ¿me han entendido?

—Sí, señor.

—Pues ustedes dos van a acompañar a la señorita Loebe a su casa.

—¿La señorita Loebe? —pre-

guntó el sargento que todavía no se había dado cuenta de la que existía y de la que no existía.

—Sí; van a acompañar a la señorita Loebe. Me parece que hablo bien claro.

—Sí, señor; sí, señor —dijo el sargento suspirando por el almuerzo que se veía obligado a dejar.

—Vengan conmigo.

Patty y el sargento siguieron al doctor Brown hasta el salón. Una vez allí el médico cogió un rollo de alfombra que cubrió con una capa de Phoebe y sobre la cual colocó el original y feo sombrero.

—Sosténgala, sargento, haga el favor.

Susana y Phoebe contemplaban asustadas las maniobras que Brown estaba llevando a cabo.

—¿Cómo está, señorita Loebe? —preguntaba Brown al muñeco que acababa de fabricar.

El sargento sostenía aquel bulto que, en realidad no sabía lo que era.

—Señor, señor, ¿puedo preguntar dónde está la señorita?

—Sí, aquí.

—Entonces, ¿puedo preguntar quién es?

—La señorita Loebe, sargento.

Por fin entendió el sargento de lo que se trataba y dirigiéndose al envoltorio que llevaba en brazos, le dijo:

—¿Cómo está usted, señorita?

—¿Quiere usted sostenerlo por el brazo izquierdo? —dijo el doctor.

En vano buscó el sargento los brazos a un bulto que no era más que una alfombra enrollada, pero así y todo iba a servirles para librarles de una señorita que había resultado pesada a todas luces.

—El brazo izquierdo, el brazo izquierdo, sí, señor.

—Ha llegado el momento de marcharnos. Señorita Loebe, despidase de sus tías.

—Con mucho cuidado, Brown y el sargento, llevaban lo que en apariencia era una dama enferma.

—No tema usted, señorita, nosotros la sostenemos. Cuidado, cuidado.

—¡Adiós! —dijo Phoebe.

—¡Adiós, señorita Susana! La cuidaremos muy bien, no tema por ella. Cuidado, cuidado.

—Sí, señor —contestaba el sargento llevando con sumo cuidado aquel extraño envoltorio.

Con mucho silencio y atención bajaron a la supuesta Loebe que

tenía que marchar enferma hacia su casa.

En la puerta de la calle esperaba un coche en el que ya se encontraba Patty aguardando que llegaran con la enfermita.

Al desaparecer Brown y el sargento del salón llevando en brazos el fantasma de la joven bonita, Phoebe suspiró y dijo:

—Susana, ¿se ha ido?*

—Sí, Phoebe y lo sabe todo.

—Ya lo sé —dijo Phoebe—. Era imposible que no lo descubriera.

—No debimos haberlo hecho.

—Ahora es inútil lamentarse, no es posible volver atrás. Quisiera saber lo que ha dicho.

—¿Te has dado cuenta de lo que has hecho? —preguntó Susana.

—¿Qué?

—Se ha llevado a Loebé.

—No digas esto, Susana. ¿Estás bien, verdad?

—Se la llevó con capa y sombrero.

Susana parecía atontada. Phoebe temió por su razón.

—Susana, tú eres Susana, mi hermana, ¿te acuerdas de mí, verdad? ¿Te acuerdas de mí? Soy Phoebe, tu hermana, y también fui Loebé.

—Pero él se ha llevado el espíritu de Loebé.

—¡Dios mío, Susana! ¡Escucha! ¿Quién soy yo?

—Mi hermana Phoebe.

—Y ¿quién era Loebé?

—¡Tú!

—¡Gracias a Dios! —exclamó Phoebe.

—Sí, pero él se ha llevado a Phoebe.

Los ojos escrutadores de las Willoughby habían visto cómo paraba un coche ante la puerta de las Throssel y no se quedaba la ventana de observación sin guardia ni un solo momento. Cuando vieron salir a los dos hombres llevando a lo que desde su punto de observación era una señorita desmayada, acudieron en tropel a la ventana para no perder nada de aquel espectáculo.

—¡Fijáos! —dijo Fanny.

—¡Es Loebé la que llevan en brazos!

—¡Vamos a ver de lo que se trata —dijo Mary resuelta.

En menos de cinco minutos se arreglaron las tres mujeres y cruzaron la calle para alcanzar el coche antes de que se pusiera en marcha.

Situada aquella señorita en el coche entre Patty y el sargento,

Brown les dió las últimas instrucciones.

—Salgan fuera del pueblo.

—¿Hacia dónde? —preguntó el sargento.

—Donde quieran. Dejen a la señorita Loebe en un lugar apartado y no vuelvan hasta que se haya puesto el sol.

—¿Hasta que se haya puesto el sol? —preguntó asustado el sargento.

—Pónganse en marcha en seguida ¡ aprisa !

Las Willoughby y su amiga Mary asomaron por la calle ; pero el coche ya se había ido y no era posible alcanzarlo.

—Señorita —dijo Brown—, han llegado demasiado tarde para despedirse de la señorita Loebe. Acaba de marcharse.

—¡ La señorita Loebe ! —recalcó Mary.

—Sí ; la he enviado a su casa —dijo Brown.

—Se ha deshecho de ella —dijo Mary.

—¡ Mary ! — dijo Fanny con severidad.

Dos apuestos y jóvenes militares cruzaban la calle dirigiéndose a casa de las Throssel. Eran Spicer y Blade.

—Señor Blade —dijo Henrietta—, si van ustedes a visitar a Loebe, han llegado tarde, demasiado tarde, porque se ha ido.

Los dos jóvenes miraron lo que llevaban en las manos, y luego a la señorita que les había hablado.

—¿Es posible? —preguntó Blade mirando a Brown.

Este se limitó a sonreír.

—Pero, ¿y mis flores? —exclamó Blade.

—Y, ¿mis bombones? —suspiró Spicer.

—No se preocupen por esto caballeros. Creo que estas señoritas se lo agradecerán mucho más —dijo Brown, y cogiendo la caja de bombones y el ramo de flores lo entregó a las pasmadas Willoughby.

El doctor Brown había por fin descubierto la atrevida y sagaz artimaña de Loebe.

Había sufrido mucho y aquel enredo femenino y aquella sutil jugarteta de su amor, le había hecho titubear en su amoroso deseo.

Cuántos días de angustia y de sinsabores.

Cuántas dudas y penas había

sufrido. Pero, por fin, había sabido comprender la astucia de aquella mujer y había penetrado en su pensamiento, para adivinar el amor que por él sentía..

Quedóse el señor Brown per-

plejo, pues no sabía qué determinación tomar.

Entraría en la habitación de Phoebe, que haría, pues la escena resultaba desagradable para todos.

TRIUNFO DEL AMOR

SIN hacer ningún comentario, Brown entró de nuevo en el salón de las hermanas Throssel donde se hallaban Susana y Phoebe sumidas en un mar de confusiones.

En los ojos de Phoebe brillaban unas lágrimas que, poco a poco, se escurrían por sus mejillas. El capitán la miró con cariño, pero habló primeramente a Susana.

—Ya están ustedes libres de su fastidiosa sobrina.

—Gracias, capitán Brown. No sé cómo lo hubiéramos arreglado sin usted.

—No vale la pena, no ha dado mucho trabajo.

—A usted no, a nosotras nos

dió mucho más —suspiró Susana pensando en los apuros que había pasado durante los últimos días.

Pasó el capitán la sala arriba y abajo esperando que Phoebe dijera algo, pero ésta permanecía silenciosa.

—Señorita Phoebe...

—¿Capitán?

—No hace usted ningún comentario a la marcha de su sobrina.

—¿Qué he de decir que usted no sepa ya?

—Podría agradecermelo.

—Tenga la seguridad de que le estoy muy reconocida.

—No lo parece.

—He sufrido mucho.

—No le resta humor ni para alegrarse.

—¿Alegrarme? ¿De qué?

—Es usted libre ahora. No debe temer a las Willoughby.

—Nunca las he temido en realidad. Las considero muy torpes.

—Lo son bastante; pero esa clase de mujeres pueden estropear muchas cosas. Han intentado molestar a usted sin piedad.

Pero, finalmente, han perdido la partida.

—¿Por qué llora, Phoebe?

Sintió miedo por el tono en que le habló Brown, e instintivamente llamó a su hermana.

—¡Susana! ¡No me dejes!

—¿Por qué llama a su hermana estando yo aquí? ¿Me teme usted?

—A usted, no.

—¿Pues, a quién?

—No lo sé.

—Phoebe: está usted demasiado nerviosa, tendrá que convertirse usted en mi paciente, como Loebe.

—Le suplico que no me hable de eso. ¡Por favor!

—Ya sabe usted que esto no fué cosa mía. La idea fué muy suya.

—Ahora me sabe mal.

—No vale la pena. Ha sido un juego divertido hasta cierto punto. Sin Loebe usted no me habría dicho una serie de cosas que me dijo.

—Había llegado el momento de decirlas.

—Pero le fué necesario ponerse careta para ello.

—Cara a cara y como Phoebe, jamás hubiese tenido valor para hablarle.

—No obstante, eramos usted y yo, como ahora.

—El disfraz de Loebe me dió un valor que veo que no poseo.

—Es que ya lo gastó todo.

—Sí, y ahora a volver a la rutina de la vida.

—Ha pasado ya el momento de la excitación y la alegría. Los que llegamos como héroes volvemos a nuestras ocupaciones habituales. Dentro de pocos días ni nosotros mismos nos acordaremos que nuestras vidas estuvieron en peligro, sólo perdurará un recuerdo, el que no nos ha abandonado nunca.

Phoebe bajó los ojos.

—¿Qué recuerdo?—preguntó.

—El de la mujer que amamos, la que hemos amado toda la vida. Aumentaron las lágrimas en

los ojos de Phoebe y corrieron abundantes por sus mejillas.

—Ahora no llueve. Está en casa Phoebe y tiene la cara encendida y mojada como en una tarde memorable. ¿La ha olvidado?

—Sería mejor haberla olvidado...

—Siempre que se le pone la cara así, siento deseos de...

—¡Susana! —gritó Phoebe.

No era fácil que Susana accediera al llamamiento de su hermana. Sabía que nada malo había de ocurrirle junto a Brown y esperaba tranquilamente el momento en que pudiera bajar para darles su bendición; pero antes, no. No quería estorbar una segunda vez.

—No me ha dejado usted terminar, Phoebe, le decía que...

—Sé lo que va usted a decir y es cruel recordarlo.

—No son crueles mis pensamientos, Phoebe.

—A mí me lo parecen.

—Está usted todavía dominada por los nervios.

—Se equivoca, doctor, no es nada que tenga que ver con los nervios. Los recuerdos repercuten en el corazón.

—Phoebe, si usted no me in-

terrumpiera, tal vez habríamos llegado adonde me propongo.

—Capitán Brown, ¿porqué insiste usted?

—Hace rato que intento decirle que siempre que tiene la cara encendida como ahora, desearía besarla.

—¡Susana!

—Deje a Susana en paz y escúcheme Phoebe Throssel, ¿quiere usted ser Phoebe Brown?

—Capitán Brown, ¿lo sabe usted todo?

—Sí.

—¿Sabe usted también que ahora no puede usted compararme a las flores de mi jardín?

—Lo sé todo, excepto que no pueda compararla a las flores.

—Señor Brown, los dictados de mi corazón, me inducen a aceptar con alegría su muy amable ofrecimiento.

El capitán se acercó a Phoebe y la besó con cariño.

—Señor Brown, decílo a mi hermana.

—No es necesario, yo también lo sé todo.

Dijo esto Susana, llena de alegría y dignidad.

Por fin había vencido el amor.

Fué una especie de aventura en la que actuó casi de incauto el doctor Brown y libró una verdadera batalla más dura que las anteriores que había librado en los campos de batalla.

Los dardos de Cupido habían dado en su corazón.

Todo por el amor y su encanto. Era feliz y la victoria resplandecía para toda la vida. Una vida de amor y de felicidad.

FIN

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata Charles Collins
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Apuesta de amor Gené Raymond
Héctor Pícaro Carlo Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultada en vida . . . A. Nazzari
Defensores del crimen . . Richard Dix
Aventura Pompadour . . . Kate de Nagi

Melodía rota Billy Birgel
Titanes del mar Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . Ann Sothern
María Ilana Paula Wessely
Posada Jamaica Charles Laughton
El caso Vare Clive Brook
Quimera de Hollywood . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . Heinz Rühner

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomey de los
sufrentes Sabú
Tú cambiarás de vida . . M. Redgrave
Las dos niñas de París . . C. Barchon
¿Ha mi hijo? Lili Dagover
La última avanzada . . . Cary Grant
Vacaciones Joez Harvey . Mickey Rooney
Marguerite Gautier Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión Ann Harding
Una chica insuperable . . Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche . Edmund Lowe
Alarma en el expreso . . M. Redgrave
Crimen de medianoche . . Ramón Pareda
El signo de la Cruz . . . Frédéric March
El asesino invisible Walter Abel
Los dos pilleros Jacques Távoll
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. hacen . Michael Redgrave
Por la dama y el honor . Paul Lukas
El día que me quieras . . Carlos Gardel
El pequeño lord F. Bartolomev
Tarsán de los flecos . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa . Judy Kelly
Acusada Dolores del Río
Forja de hombres Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . . Gené Raymond
Los peligros de la gloria . James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . . Victor Francen
Estrafios en luna de miel . Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tamara . Mickey Rooney
Fruto dorado Clark Gable
El secreto del marqués . . Armando Falconi
Irene Ana Neagla
Una hora en blanco . . . Franchot Tone
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La mujer de los dos corazos . Greta Garbo
Luna Ilana Jean. MacDonald
La luna radiante Joan Crawford
Cuando ellas se encuentran . Melvyn Douglas
El rapto de Laura Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . Joan Arthur
Una mujer endiablada . . Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

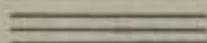
.....
Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
Rinconcito madrileño . . P. G. Velásquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! José Baviera
Eran tres hermanas . . Luisita Cergallo
Bohemia Emilia Allaga
Don Flospendio Valeriano León
Los hijos de la noche . Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Rápteme usted Celia Gámes
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
¡ai-Aíai Inés de Val
¿Quién me compra un
un lia? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana . . I. Argentina
El sobre lacrado b. Gargallo
La Dolencia Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Suspiros de España . . Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los
de Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento. Lina Yegros
Rumbo al Calvo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo . Antonio Vico
Malinas de viento . . . Pedro Terol
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla . Miguel Ligeró
Melodía de arrabal . . I. Argentina
C. Gardel

Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Marisma Tony D'Algy
Rosas de otoño M. F. L. Guevara
La patria chica Estrellina Castro
La chica del gato . . . Josita Hernán
Un enredo de familia . Mercedes Vecino
La culpa del otro . . . Luis Prendes
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo . . . Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? . José Nieto
Una mujer en un taxi . Silvia Morgan
Una herencia en París . Tony D'Algy
Empesó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón . . Miguel Ligeró
La Ferrala Maruja Tomás
Verbona Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño . . . Amadeo Nazari

Cautivo del deseo . . . Leslie Howard
Flor de espina Gracia de Triana
Tú llegarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Girona
Otraño Roberto Rey

Pedidos a: EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



Editorial APas

3 Ptas.

